

CENIT

— sociología —
ciencia — literatura



Eugen Relgis: El diálogo de los
sinsentidos.—Atlante: Estampas
y ecos de España. Olvidar es im-
posible.—Ralph Waldo Emerson:
Vida sencilla y pensamiento ele-
vado. Henry David Thoreau.—
El pensamiento vivo de Thoreau
(selección de V. Muñoz.—Nues-
tro próximo folletón: La lucha
por el pan, de Rudolf Rocker.—
M. Celma: La vida y los libros.—
Hem Day: Luisa Michel, poeta.—
Han Ryner: Los arraigados.—
Vida de CENIT.—Angel Sam-
blancat: Gorki acrisolado.—O.M.
Saenger Pascendi: Humanismo y
Socialismo.—Dr. Isaac Puente:
Higiene individual o privada.—
Microcultura.—Poetas de ayer y
de hoy: Manuel Ugarte: Rebe-
liones.—Luis del Arco: La muer-
te del justo.—Folletón encuader-
nable: La religión y la cuestión
social, por J. Montseny.

JULIO
1958

91

Revista Mensual

PRECIO: 90 FR.



Imprenta de Madrid

NUESTRA PORTADA



Retrato, de MODIGLIANI

Hoy este retrato, que en la época no valió a Modigliani más que unos miserables francos, representa millones.

La vida de Modigliani es una de las más trágicas del arte. Por un lado la miseria, contra la que se debatió constantemente; de otro la incomprensión, la hostilidad del público y de la crítica, que hasta después de desaparecido no le saludó como uno de los maestros del arte moderno, le llevaron a la muerte en medio de la miseria y de la degeneración más terribles.

Tuberculoso, con el cuerpo envenenado por el alcohol y las drogas, su fin patético es una acusación constante para el mundo hostil e inmisericorde que le llevó al abismo.

Y tan pronto sus ojos se hubieron apagados para siempre; cuando su abnegada compañera Jeanne Hebuterne habíale seguido a la tumba, precipitándose por una ventana de la casa donde vivían, tugurio miserable que fué el único cuadro de sus dolorosos amores, el mundillo del arte y del dinero descubrió a Modigliani. El sacrificio ya estaba consumido y el Moloch había ya sacrificado otra víctima a su hambre insaciable.

Hoy, que la novela y el cine se han apoderado de la figura de Modigliani para hacer de él un héroe romántico para uso de jovencitas, no está de más devolver al pintor muerto todo su carácter angustioso y trágico, todo lo que en él hubo de encarnación de una época revolucionaria de Montparnasse y de su escuela.

Por ello «CENIT» se complace honrando la obra del artista maldito, reproduciendo en su portada uno de sus cuadros.



REVISTA MENSUAL

DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Redacción: Federica Montseny, José Borraz,
Miguel Celma.

Colaboradores: José Peirats, Felipe Alaiz,
Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández,
Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz,
Herbert Read, Hem Day, J. Carmona
Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo
Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol,
Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce
Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré,
Doctor Juan Lazarte, Renée Lamberet,
A. Prudhommeaux.

Precios de suscripción. — Francia: Trimestre,
250 francos; Semestre, 500 francos. — Exte-
rior: Trimestre, 270 frs.; Semestre, 540 frs.

Número suelto: 90 francos.

Paqueteros, 15 por 100 de descuento a partir
de cinco ejemplares.

Giros: «CNT», hebdomadaire, C.C.P. 1197-21,
4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute-Garonne).

CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Año VIII

Toulouse, Julio 1958

N.º 91

EL DIALOGO DE LOS SINSENTIDOS ⁽¹⁾



L año 2400. En un museo de antigüedades, en la capital de un antiguo imperio, integrante de los Estados Unidos de Europa o, quizás, de las Repúblicas Federales de la Tierra. Un **Hombre** pasea su curiosidad por el museo e, inesperadamente, se detiene en la inmensa sala denominada «La Guerra sin Nombre». Están expuestas allí todas clases de armas con las cuales los pueblos se habían masacrado los unos a los otros hace cinco siglos.

El **Hombre**, contemplando esas cosas extrañas que nadie utilizaba en su tiempo, está sobrecogido por sentimientos confusos; pero, entre éstos, resalta un terror que parece aullar en sí mismo y en torno suyo. Se deja caer en un sillón, en medio de la sala. Su mirada vacilante, atemorizada, pasa de una cosa a otra. Y pensamientos—que no brotaban de su conciencia, sino de las cosas contempladas y de su subconsciente en donde perduraban también las influencias malas, misteriosas, pero en cierto modo pasivas, de sus existencias anteriores—, pensamientos híbridos, enfermizos, comienzan a arrastrarse en su mente, como nubes sombrías, de formas y reflejos continuamente cambiantes en un cielo surcado por relámpagos... ¡Hablan sus antepasados, de principios del siglo XX!

No entiende nada. Pero no trata de huir del absurdo vocinglerío. El terror lo inmoviliza. ¿Desde cuándo está escuchando? Le parece que desde una eternidad. Aun el lenguaje es, para él, casi extraño; muchas palabras han desaparecido ya del habla común, conocidas sólo por filólogos; otras han recobrado el verdadero significado, genuino, alterado por los antepasados, o han adquirido un sentido totalmente nuevo, correspondiendo a realidades distintas. Mas para nosotros, los lectores de hoy día, que podemos suponer fácilmente la alteración actual de ciertas palabras y aun adivinar la próxima evolución de muchas expresiones corrientes, este «diálogo» entrecortado, torpe,

brutal, a la vez necio y cínico, no sería tan ininteligible. Y, quizás, por el substracto lógico del diálogo, la calificación de «sin sentido» no se justifica de manera terminante.

UN OBUS (en un rincón, a otro obús que está a su lado).—¿Desde cuándo esperamos aquí, en este mausoleo sobrio! Pasan años y más años, y siglos... Y las gentes pasan por aquí ¡y nadie nos toca! Nadie nos saca de esta sombra muerta, para llevarnos bajo el sol de los campos de matanza. Nadie nos maneja, para que cumplamos con nuestra misión tan tremenda, tan sublime...

EL OTRO OBUS.—¡Verdad! Nos olvidaron los hombres... Nuestros esclavos enloquecidos y ensangrentados nos abandonaron. Ya no entiendo nada... ¿Por qué no nos llevan en los trenes rápidos? ¿Por qué no nos colocan en el vientre de los cañones?

UN CANON.—¡Oh, qué hambre tengo yo! Terrible hambre... Y soy tan frío, cual témpano de hielo... ¿Dónde están mis sobresaltos fulminantes y mis estruendos que retumbaban más allá de los horizontes? ¡Ay, qué hambre! ¡Qué olvido!... Los caballos que me arrastraban a través de los trigales verdes o dorados, hmeantes en sus esfuerzos, bajo los gritos y latigazos de los mozos... ¡Cómo rechinaban mis ruedas, aplastando a los heridos y los cadáveres! ¿Dónde están los caballos, dónde están mis artilleros?

UN OBUS 420.—Yo también, el más capaz entre todos, no entiendo lo que pasa...

UNA GRANADA DE METRALLA (interrumpiendo).—Pero ¿quién son esos, que pasan a nuestra vera y nos miran asombrados?

UNA BOMBA.—O con espanto...

UN OBUS 75.—¿O irónicamente?

UNA AMETRALLADORA.—¡Ah, mi risa incansable, de

(1) Del libro en preparación «La columna entre ruinas», ensayos y estudios de nuestro colaborador Eugen Relgis.

otros tiempos! Mis carcajadas irresistibles, que segaban en campo raso... ¡Mi granizada de plomo! Está dormida, allí, colgada del muro, en las cintas repletas de cartuchos.

UN CARTUCHO DE FUSIL (perdido entre centenares de muestras).—¡Y yo! Por qué no estoy silbando por el aire hirviente, cargado de miasmas? (Los otros cartuchos despiertan y vociferan todos a la vez). ¿Por qué no volamos más?... ¿Por qué no nos apuntan como antes, en tiro al blanco..., en el corazón..., la frente..., los ojos..., el vientre..., las rodillas...? El beso de la carne, sangriento, ardiente... ¡Oh, la voluptuosidad de la cópula mortífera... Nuestro plomo en los órganos... y los alaridos de los esclavos..., y sus gemidos..., sus lágrimas..., sus contorsiones de gusanos...

UNA BALA DUM-DUM.—Sobre todo sus contorsiones, cuando me retorció en las entrañas.

OTRA BALA.—¡Qué flores brotaban de nuestras semillas..., qué maravillosas podredumbres..., qué monstruosidades insospechadas!

UNA MULETA.—Ya habíamos llevado bastante la carga de los mutilados... ¡La raza nueva, de los deshumanizados!

UN PIE ARTIFICIAL.—Mucho me cansé para el pie que se pudrió en la trinchera... ¡Oh, el verde éxtasis del árbol derribado por el carpintero que fabricaba a toda prisa muletas y ataúdes...

UNA GRANADA.—A mí, me arrojaba el esclavo con su propia mano. Si no lo sabía, a él le desgarraba primero, yo, fruto metálico, con bocas ocultas, que devoraban a su creador...

LOS CARTUCHOS.—¿Dónde está el esclavo..., dónde está el caliente abono para nuestras semillas? ¿Por qué nos dejan aquí, estériles? La Naturaleza exige sus nuevas criaturas... ¿Por qué nos han quitado los fusiles..., los órganos de la fecundación?

UN FUSIL AUTOMÁTICO.—Se me aherrumbó la caña...

UNA BAYONETA.—Y mi filo está embotándose. ¡Cómo se deslizaba entre las costillas! Los chorros de sangre..., la vida que nutre la muerte eterna.

UNA BAYONETA-SIERRA.—Y mi furia inapagable... Cortar..., desgarrar..., destripar, como los dientes del tiburón..., el paroxismo de la ferocidad.

LA CULATA DEL FUSIL.—Yo quebraba las testas en las cuales fermentaba la razón y pululaban las ilusiones metafísicas..., la pequeña cueva en la cual acechaba la conciencia... Me abalanzaba como la fatalidad, aplastante como una piedra desprendida de su cima. ¡Oh, la rabiosa alegría de la bestia desencadenada!

UN OBUS 350.—La carnicería de los sacrificados..., de las existencias inútiles...

LAS BALAS.—(Claman, cada una a su manera, su ansia, su revuelta—la nostalgia del crimen).

UN OBUS.—¡Silencio!... Mi ansia es mucho más fuerte. ¡Me sofoco! Mis átomos me atormentan con la infinita energía concentrada en ellos... ¡Ah, mi liberación deslumbrante, como un estallido cósmico! La dispersión en miles de cascos que rompen todas las resistencias. Las formas que se pulverizan...

LOS OBUSES.—El heterogéneo que vuelve al homogéneo... ¡Oh, la danza regresiva, disolvente, en torbellinos de polvo... Los culminaciones de lo fantástico, de lo absurdo..., de la imaginación desenfadada, delirante... ¡Cómo jugaban las cabezas sueltas, con ojos que veían todavía, con bocas que rechinaban, y los brazos arrancados y

los dedos crispados que trataban agarrarse a una imposible salvación... y las piernas rotas, las entrañas palpitantes..., cuerpos enteros arrojados por nuestros soplos ardientes, de venganza insaciable...

EL OBUS 420.—Y las ruinas interminables, de un horizonte al otro... Las obras—del trabajo humano, trituradas, aniquiladas. Aldeas arrasadas, ciudades trastornadas..., catedrales y palacios mutilados. La materia robada por los esclavos, moldeada y cincelada por genios, falsificada en mal llamadas obras de arte, y devuelta por nosotros a la tierra en la que todo se pudre, se disuelve y se renueva.

UNA BOMBA.—¡La Tierra! Una esfera, como yo, repleta, de corazón incandescente, a punto de estallar. ¿Qué gigantes de los reinos cósmicos van a empujarla en el vientre de un cañón inconmensurable?

UN TORPEDO.—Yo traspasaba a los grandes peces de acero que alimentaban a los esclavos insaciables. Hundía a las ciudades flotantes, desafíos al eterno equilibrio astral.

UN CANON ANTIAREO.—Yo derribaba al pájaro de acero que violaba la pureza celeste.

UNA BOMBA DE AVION.—Sin embargo, yo acrecentaba los esplendores de la guerra. Soy la culminación de sus horrores alegres y triunfantes: me precipito sobre los hormigueros humanos. ¡Por encima de todo y de todos! El superesclavo descuartiza y aplasta al subesclavo... Más aún: extermino la maternidad prolífica, agoto las fuentes de la vida pervertida. ¡Los niños, los pequeñuelos, tan frágiles y graciosos, cómo morían, gimoteando, piando cual pichones de golondrinas!

UNA BOMBA DE GASES ASFIXIANTES.—¡Me sofoco, me sofoco! Mi muro gaseoso, pesado y ponzoñoso..., dique más fuerte que la roca. ¡Y cómo me insinuaba en los ojos, en los pulmones! Chupaba el calor humano..., ósmosos aniquilador..., helada interastral...

UN LANZALLAMAS.—Yo incendiaba al hombre..., antorcha viva en la noche apocalíptica, como otrora los mártires en el circo romano. Soy Nerón, pasado a través de generaciones progresivamente degradadas, metamorfoseado con la ayuda de la Ciencia en el órgano perfecto de la voluptuosidad destructora. ¡La luz de la materia! El fuego que desagrega y devuelve todo a los elementos primarios... Carbón, oxígeno, hidrógeno... la divina trinidad del infinito abrasado por innumerables universos...

UN SUBMARINO.—¡Oh, los misterios violados de las profundidades oceánicas!

UN AVION.—Y cómo atravesaba con mis hélices tala- drantes los fantásticos palacios de las nubes..., manantiales de las exaltaciones poéticas y de las lluvias que hacen reverdecir las campiñas labradas por el minúsculo taumaturgo hambriento y... pensante.

UN TANQUE.—Yo soy el descendiente del brontosaurio de la era secundaria..., devorador de mundos..., volcán que corre..., montaña con garras y colmillos que arrasa territorios enteros, salta sobre abismos, aplasta bajo las suelas de acero los rebaños rebeldes... Paso como un huracán a través de los jardines de la civilización...

EL 420.—El paroxismo del odio...

EL 75.—La hipertrofia del Yo múltiple e insaciable.

UN SABLE DE DOS FILOS.—El frenesí de la auto-destrucción...

UNA BANDERA DESHILACHADA.—¡La hipnosis tricolor!

LA VIDRIERA DE LAS CONDECORACIONES.—El trastorno de todos los valores morales... La hilarante, la

estupenda mascarada de la tragedia... Vanidad de vanidades... La ilusoria recompensa del hombre deshumanizado... Los amuletos del delirio bélico, de la locura exacerbada más allá de los límites soportables...

UN CAÑON DE LARGO ALCANCE.—¡El infinito, el infinito! Yo apuntaba a las estrellas...

LOS CARTUCHOS.—Para cada muerto caía una estrella... Llovían estrellas sobre el campo de matanza.

UNA GRANADA DE METRALLA.—Y mi lluvia de clavos, de vidrio, de cascos, de fósforo...

LA BALA DUM-DUM.—La obsesión de los gusanos en los cuerpos destripados... La orgía de las hienas... Las lujuriantes putrefacciones, que disuelven y limpian todo...

UN CASCOTE DE ACERO.—Los cuervos me picoteaban alegremente. Tambolireaban el vacío triunfante..., el sarcástico oficio fúnebre del pensamiento aniquilado. ¡Oh, el caos y terror que bullían en la cabeza por las trincheras...!

UN CAÑON.—¡Los muertos! Los millones de anónimos..., los millones de ignorados por los dioses a los que imploraban...

EL 420.—El sacrificio sin precio y sin sentido de la Humanidad, perdida en el universo cual gota de sangre en un océano borrascoso...

EL TANQUE.—El inconmensurable desenfreno cósmico... ¡La Materia, la Materia!

UN AEROPLANO.—¡Alabada sea! Siempre volvía a caer en su seno ávido, devorante...

LOS OBUSES Y LAS ARMAS (todo a la vez).—¡La Materia! Su odio se manifestaba por nosotros..., y su furia..., su embriaguez..., y su ceguera..., y su hambre insaciable. Hemos destruido, exterminado..., pulverizado lo que tenía forma y vida... Hemos triunfado... Yo soy el vencedor... Yo... Yo también... Y yo... Todos somos victoriosos...

UNA BANDERA.—La Muerte todopoderosa...

UN CAÑON.—En la tierra.

UN SUBMARINO.—En las aguas.

UN AVION.—En los cielos.

TODOS.—En todas partes y para siempre...

EL 420.—Nuestro enemigo era el Hombre. Lo hemos esclavizado. Lo hemos forzado a trabajar más y más, rabiamente..., a forjarnos, a nosotros, sin cesar. Y nuestro mundo se ha tornado finalmente en contra del creador sojuzgado. Su conciencia pervertida le hacía preparar su propia muerte, en la «última guerra»... Hemos levantado a los pueblos, incitando a los unos contra los otros, en choques formidables que sólo dejaban polvaredas y cadáveres, llamaradas y cenizas...

UNA BANDERA DESHILACHADA.—Y todo eso, en nombre de hermosos ideales...

LA GRANADA.—Ideales embusteros, más astutos que todas las tentaciones de la Riqueza y del Poder...

LA BOMBA DE GASES ASFIXIANTES.—Alucinantes ideales... vanos espejismos de la Gloria...

LA AMETRALLADORA.—¡Oh, sus ilusiones humanitarias!

LOS OBUSES.—Guerreaban los hombres por la Patria..., por el Trono..., por Dios..., por ideales nacionales..., o sin saber para qué...

LAS BALAS.—¡Ha, ha, ha!

EL 75.—Por Libertad, Igualdad, Fraternidad...

LAS BALAS.—¡Hi, hi, hi!

UN FUSIL.—Por el Derecho y la Civilización...

LA BANDERA TRICOLOR.—Los hombres se degollaban en nombre de algunas abstracciones. ¡Sí! por algunos símbolos hueros, por algunas ficciones engalanadas...

EL SUBMARINO.—Y decían que el Derecho desconoce la Fuerza...

EL AVION.—O, lo que es lo mismo, que la Necesidad ignora la Ley...

EL LANZATORPEDOS.—O «amáaos los unos a los otros»...

LOS CAÑONES.—¡Hau, hau, hau!

EL 420.—Palabras... palabras... palabras...

EL 75.—Y de este modo cayeron de mal en peor.

LA GRANADA.—Y llegaron a ser, irremediamente, nuestros esclavos...

TODOS (en coro formidable).—¡Nosotros hemos triunfado! Nosotros, los creyentes de la Materia..., los devotos de la Muerte fría y estéril... y eterna...

EL 420 (terminantemente).—Nosotros, los dioses..., ¡los elegidos del Destino!

UNA BALA DE REVOLVER (con timidez).—¿Quiénes son los que pasan por la sala y nos miran con asombro?...

OTRA BALA.—O con horror...

LA GRANADA.—O con amarga ironía...

EL FUSIL.—¿Es que vive todavía el Hombre?

EL SABLE.—¿Se salvaron algunos?

UN CAÑON (tambaleando).—¡Oh, tengo hambre, tengo hambre...

UN OBUS (despertando).—Me socofo...

LA AMETRALLADORA.—Estoy entorpecida. ¡Oh, mis cintas con cartuchos! ¡Cómo segaba yo a los hombres, como la hoz en un trigal!...

ALGUNAS ARMAS Y MUNICIONES.—¿Por qué no estallamos como antes, para acribillar, para derribar..., para hacer añicos de todo y de todas?... ¿Por qué no volamos por los aires?... Ya no mordemos en carne viva..., y no arruinamos las ciudades... ¿Por qué no guerreemos? ¡Nuestra guerra! El delirio satánico..., el huracán de los elementos..., los torbellinos de la muerte... ¡La suprema liberación! Queremos la guerra... ¡La guerra, la guerra! (Gran alboroto amenazador).

6EL CAÑON 420 (autoritario).—¡Silencio! ¿Ya no les dije que somos vencedores? Gracias a nosotros, la Muerte ha triunfado...

UN CARTUCHO (tozudamente).—¿Pero los hombres que pasan a nuestro lado?

EL 420.—Son las sombras de los sacrificados, las obsesiones de nuestra nostalgia...

LA BALA DUM-DUM.—¿No hay más hombres?

EL 420.—La humanidad ha desaparecido. Nuestra enemiga—la especie pensante—volvió a la Nada...

TODOS (convencidos).—¡Somos los vencedores del Espíritu! ¡Reina la Materia!... y el vacío..., y la eterna inmovilidad..., y la perpetua esterilidad... ¡Hosanna a la Muerte!... ¡Hosanna al No Ser!

EL TANQUE (solo e iracundo).—¿Cómo, no habrá más guerra?

EL 420.—En la Tierra, nunca. Este planeta está vagando en el espacio. Es un desierto sin vida alguna, esperando que estalle, él también, pulverizándose en el caos primordial...

EL TANQUE (aullando).—¿Cómo, no habrá más guerra?

EL 420 (intimidado, pero con destreza).—¡Sí! cuando la bestia pensante renazca... Pero no en esta Tierra...

TODOS (febrilmente).—¿Dónde, dónde, dónde?

EL 420.—En otro planeta. Quedaron bastantes astros en

el universo. Volveremos a empezar... Pues nosotros, los dioses de la Muerte, estamos vigilando. Destruiremos, aniquilaremos...

TODOS exaltados).—Destruiremos..., aniquilaremos...

EL 420.—Y una tras otra, desaparecerán las Humanidades..., las culminaciones de la Naturaleza consciente. La Materia extenderá su dominación más lejos, más lejos, en lo infinito... El universo retornará a su unidad amorfe e inmóvil... Habrá paz..., la suprema quietud... El desierto sin comienzo y sin fin...

UN CANON GIGANTE.—Y la saciedad definitiva...

UN AVION.—Y el olvido sin horizontes...

UNA BOMBA DE GASES.—¡Oh, el Nirvana de la materia!

UNA AMETRALLADORA.—El silencio sin pensamientos...

UN OBUS de 1 m. 50.—Y el sueño sin sueños...

EL SUBMARINO.—Y la voluptuosidad que no desea más...

EL 75.—¡Oh, la Muerte que nunca resucita!

LA BANDERA.—Y el único sentido de la única realidad: la Nada...

EL TANQUE (prorumpiendo nuevamente, furibundo).—... ¡de la que renacerá la Vida!...

TODOS (cubriendo sus alaridos).—¡La Nada! La Nada infinita..., insondable..., insuperable..., infalible..., inexpresable..., in... in... in... (y la calma, pesada, soñolienta, se extiende, con las sombras del anochecer, en el museo de la Guerra-sin-Nombre).

(Como petrificado, el **Hombre** se queda en su sillón; le parece que sigue oyendo todavía el absurdo y atroz palabrerío de las armas. El terror le estremece a menudo, y en los oídos zumban los ecos lejanos de una batalla. Su mirada se fija luego en una lápida de mármol, clavada en el muro; y sin quererlo, deletrea «El Canto del Odio», versión de un célebre himno de guerra, entonado hace siglos por los súbditos de un imperio que luchaba contra otro imperio:

«Ya que todos sabéis, todos lo sabéis:

EL está al acecho tras el mar sombrío,

Lleno de envidia, lleno de furia, lleno de astucia,

Separado por olas más pesadas que la sangre.

Queremos jurar,

Cara a cara proclamemos este juramento,

Un juramento de bronce, que ninguna tormenta pueda [quebrar,

¡Un juramento para los hijos y los hijos de los hijos!

Escuchad la palabra, repetid la palabra

A lo largo y lo ancho de la Patria toda:

No renunciaremos a nuestro odio,

Todos tenemos un solo odio,

Amamos unidos, odiamos unidos,

Y tenemos un solo enemigo: ¡el extranjero!

A EL lo odiamos con odio inextinguible,

Nunca abandonaremos nuestro odio,

Odio en la tierra, odio en los mares,

Odio de la mente y odio de la mano,

Odio de los martillos y odio de las coronas.

Despiadado odio de los cientos de millones

Que aman juntos, que odian juntos

Y tienen, todos, un solo enemigo: ¡el extranjero! (1)

Y el **Hombre** se siente sobrecogido de impulsos que surgen de las negras honduras del pasado oculto en su ser. Arrancándose de su inmovilidad, su mirada encuentra en el muro opuesto un gran cuadro horroroso. Un ser cuyo rostro parece una máscara tajada: una oreja cortada, un ojo vidrioso y el otro fundido en lágrimas, los labios apretados en una mueca; una herida surca la mejilla derecha, desde la sien hasta la barba oblicua... Y esta cabeza está hundida entre los hombros sostenidos por dos muletas de palo entre las cuales pende una masa deforme, prolongada, con un solo pie; una de las manos está agarrada con dos dedos restantes, y la otra es apenas una palanca de metal fijada en la muleta izquierda. Por el vestido harapiento, asoman grandes tajadas y cicatrices en la piel amarillenta... Y esta aparición se perfila en un fondo fantástico, nublado por otras formas monstruosas, entre las cuales se distinguen cañones y aviones, y estallidos de obuses. En la tierra, hasta el horizonte abrasado, la cruz, sobre innumerables tumbas, la cruz clavada entre ruinas y carroñas picoteadas por cuervos voraces o enlazadas por serpientes e hidras...

Y el **Hombre** contempla esta visión con indecible horror, que se resorbe, imperceptiblemente, y en su alma penetran, lentas pero firmes, las irradiaciones de la Conciencia. El rostro del «monstruo» adquiere una expresión de divina resignación; una sonrisa vaga, de infinita bondad, de extática fe, suaviza los rasgos duros, desviados. En torno a la cabeza parece que vibra una aureola filtrada a través de las sombras infernales del fondo. Y el **Hombre** comprende en fin que aquél ser representa a su antepasado, sacrificado para él.

Comprende que los ideales que él está viviendo en la plenitud de su paz y libertad, habían sido salvados durante milenios por tantas generaciones atormentadas, sometidas a trabajos forzados, y ensangrentadas en guerras mundiales. Y el «monstruo» se le aparece, en su sufrimiento regenerador, cual nuevo Redentor, anónimo, símbolo definitivo de millones de mártires, un Redentor en cuyo ojo fundido en lágrimas resplandece la seguridad de su resurrección, sobre la misma tierra, pero reverdecida, sobre la cual se levantarán las magníficas obras de la concordia entre los pueblos.

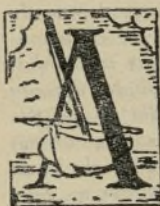
El **Hombre** reconoce a su lejano ascendiente. Y siente que este desgraciado recursor vive finalmente, en él, la dicha anhelada de una existencia sana y fraternal. En él, este antepasado ha rescatado su pecado de bestia homicida y destructora. Por él, a través de él, crea y entona el himno de la salvación. Por él, aspira hacia otras perfecciones... Y el **Hombre** animado por la adoración que le insufla la humilde gratitud y la revelación de sus trágicas peregrinaciones anteriores, reza en su silencio. Es una plegaria sin palabras, sin gestos, en la que el pasado está reconciliado con las anticipaciones del futuro, en su actualidad viva, cuerpo y espíritu a la vez, en el océano de la eternidad.

El **Hombre** del porvenir se inclina, en su veneración, ante

(1) Según «Hassgesang» del poeta alemán Lissauer.

ESTAMPAS Y ECOS DE ESPAÑA

OLVIDAR ES IMPOSIBLE



semejanza de la antigua señal de peligro del Código internacional S.O.S., los trabajadores españoles conmovieron un día al mundo, con una llamada angustiosa de socorro. La Península Ibérica hacia aguas por todos los costados a pesar de la heroica defensa de sus hombres y era un deber imperativo acudir en su ayuda. Sin embargo no se hizo así o lo poco que se hizo contribuyó únicamente a prolongar sus últimos momentos. El mundo asistió impasible día tras día al horrible suplicio de un pueblo que luchó hasta última hora con la esperanza de salvarse, confiando en la solidaridad de los hombres de aspiraciones comunes. En esta lucha que hubimos de soportar los trabajadores españoles contra la reacción mundial dirigida por tipos tan siniestros como Hitler y Mussolini, no entraban en juego solamente intereses nacionales; había algo más, mucho más; y no entre cortinas, sino que figuraba a los ojos del mundo aunque éste se obstinaba en cerrarlos, por miedo a la realidad.

En el suelo español se dieron cita las fuerzas revolucionarias y contrarrevolucionarias internacionales para dirimir en la batalla más importante de los últimos tiempos, la vieja contienda que tiene en pie de guerra desde hace muchos años a las fuerzas más activas del progreso contra la reacción.

Y perdimos la batalla por falta de solidaridad. Los proletarios del mundo con honrosas excepciones, se encogieron de hombros a nuestras señales de peligro. Las consecuencias después, más o menos directamente, hubimos de sufrirlas todos. De haberse inclinado a nuestro favor la contienda, la Península Ibérica hubiera sido el bastión más importante de la libertad, un fanal de irradiaciones claras, hacia el único objetivo capaz de asegurar la emancipación de los trabajadores: «El Comunismo Libertario».

El carácter español repele las fórmulas liberticidas, como un veneno contrario a la vida nacional. Las dictaduras aquí, son importadas del extranjero o con su ayuda. No cuaja en nuestra idiosincrasia la sumisión a los poderes constituidos

el Hombre de antaño, el forjador de su destino renovado. Y, olvidándose de las horrendas armas que brillaban a su alrededor en las sombras del anochecer, el Hombre deja caer sobre las losas del museo sus ardientes y felices lágrimas de Hijo del Mutilado...

Eugen RELGIS

por la fuerza, ni aceptamos otra ley que la de la razón, aunque la fuerza nos domine como viene sucediendo siempre, pero en la mayoría de los españoles conscientes está tan desarrollado el sentimiento de la libertad, que fué necesario la aplastamiento total de esa corriente en el transcurso de una guerra criminal, más criminal que todas porque en ella se ventilaba la causa más noble que han producido las guerras hasta ahora: El derecho natural de un pueblo a ser libre. Ni los privilegios de partido, ni las conveniencias particulares, hubieran movido a los trabajadores con tanto entusiasmo como la causa de la revolución. Nos dimos cuenta desde un principio, de la gran trascendencia de aquella lucha y se ofreció voluntariamente todo cuanto teníamos, hasta la vida, porque el triunfo llegase a ser una realidad. Si no fué, obedeció a las causas ya apuntadas. El fascismo internacional, volcó en nuestra península todo su poder destructor para conseguir sus objetivos, mientras el resto del mundo capitalista, e incluso las organizaciones obreras, salvo algunas voluntades espontáneas cuyos valores no podemos pasar por alto, esperaron desde la barrera a saber el resultado, que fatalmente dado aquellas circunstancias, había de ser catastrófico, no solamente para nosotros en calidad de españoles, sino para todas las personas amantes de la libertad.

De aquella fecha hasta ahora, han transcurrido ya muchos años. Ninguno que haya estado ausente de España durante este periodo negro de dominación fascista, puede hacerse una idea exacta del sufrimiento que hemos tenido que soportar los trabajadores para sobrevivir a tantas calamidades y a tantas injusticias. Imposible es borrar de la imaginación la imagen siniestra de la parca día y noche, rondando a los trabajadores decentes que quedaron con vida después de la hecatombe. Los unos en las cárceles y otros escondidos, iban pagando el delito que había cometido el mundo con su abandono injusto a la causa del progreso. Y cuando salimos de las cárceles, llegada la hora de la ansiada libertad, comprobamos lo que ya nos suponíamos, que España era toda a lo largo y ancho de sus límites una inmensa cárcel, donde únicamente las clases encumbradas a golpe de bayoneta, tenían libertad para todo, incluso para robar y matar.

A partir de aquel regalo que nos hicieron de libertad condicional, provisional, o prisión atenuada y otras monsergas por el estilo, muchos de nosotros empezamos a vivir otra etapa en la carrera de las penalidades, más cruel que la que habíamos conocido en las cárceles.

Es sabido que en los pueblos extremeños y andaluces al

igual que en otras regiones donde la gente vivía solamente de los trabajos del campo, la mano de obra para los patronos era como una trata de esclavos. Ya antes de la guerra, en periodos que le adosaron injustamente el calificativo de normales, se veían las plazas de esos pueblos abarrotadas de hombres, esperando a que algún cacique se cayera por allí, con ganas de llevarse a algunos a trabajar por lo que quisiera darles, y generalmente se llevaban a los mejores, entendiéndose por mejores a los que mostraban mejor disposición para dejarse explotar sin murmurar una queja. El hombre rebelde, estaba condenado a pasar muchas privaciones o a marcharse fuera del pueblo en busca de trabajo.

Juzgando por esto, puede hacerse una pequeña idea de la suerte que le esperaba a muchísimos de estos hombres, cuando regresasen a sus casas de las cárceles. Como botón de muestra, haremos un pequeño relato de algo que le tocó vivir a mi amigo Montamar. Él mismo me ha contado su historia, parte de la cual, con lógicas limitaciones y falta de claridad, me autoriza a escribirla para que se la lea a los amigos.

Empieza así: Mi padre viudo y enfermo, tenía a su cargo dos nietas de ocho y diez años, cuyos padres, mi hermana y cuñado, estaban en la cárcel. Algunas de las pocas cosas que había en casa se fueron vendiendo para comer antes de mi llegada al pueblo y cuando yo llegué se vendió el resto. El pan no lo vi durante los cuatro meses que estuve allí. Entre el alcalde y el jefe de Falange vendían a estraperlo todo el pan que amasaban para el pueblo, transportándolo en camiones por la mañana temprano para otros lugares. Por otra lado, sus adversarios políticos, los requetés, los dejaban hacer lo que quisieran sin protestar para conseguir por su parte carta blanca en otros negocios no menos lucrativos. El reparto del aceite, por ejemplo, estaba en manos de ellos y tampoco se veía sino se compraba a precios abusivos.

Los trabajadores en huelga perpetua, tenían que desplazarse al campo en busca de hierbas para comer y yo que aprendí el oficio enseguida, me vi obligado a hacer lo mismo muchos días con mis dos sobrinas. Llenábamos unos sacos de hierbas, cogidas en las valles lejanos, ya que en las inmediaciones del pueblos no las había de la clase que buscábamos, debido a la escarda que habían sufrido. Mi padre se encargaba de darle algunos hervores, tirándole el agua en cada de esas operaciones para que no supiesen tan amargas y cuando estaban cocidas, le echábamos un poco de aceite y las comíamos. Y aunque no puede decirse que viniésemos a casa contentos cuando regresábamos con el saco de las viandas, si debiéramos decir, que al menos veníamos satisfechos por haber hecho algo por la vida.

La leña, sigue diciendo mi amigo, no faltaba en casa, iba a robarla al monte siempre que nos hacía falta. Muchos de mis compañeros, hasta ni eso tenían; no se decidían a ir por ella por temor a las autoridades, quienes según expresión de ellos, los matarían a palos si eran cogidos robando alguna cosa, a lo que yo contestaba que entre morir de hambre y frío y morir apaleado, casi era preferible lo último. Y aquí viene lo realmente trágico. Algunos de esos hombres, murieron de hambre y frío, no pudiendo escapar al destino inexorable que la sevicia de la gente y los rigores del invierno los habían condenado.

Faltos de vitaminas, empezaban por hinchárseles las piernas y demás miembros, perdiendo por consiguiente las fuerzas para caminar. A algunos tuvieron que recogerlos del suelo, al hallarlos tendidos en los caminos junto al saco,

varias veces. El resto, mientras podía, caminaba paso a pasito, dirigiéndose a los valles desde por la mañana temprano. Otros, pocos de ellos, desde luego, recurrieron a la mendicidad como último eslabón de la cadena de sus sufrimientos, siendo esto precisamente lo que más alegraba a los ricos del pueblo. Era un placer sádico para aquellas fieras tenerlos humillados a sus puertas pidiéndoles algo para comer, que jamás se lo daban.

Mi padre, que había trabajado muchos años con uno de los caciques del pueblo y que por su indiferencia en las cuestiones políticas, no era mal visto entre los patronos, mientras nosotros estuvimos en la cárcel le vendían lo que precisaba para comer, pero cuando salimos, no le volvieron a vender nada. Su antiguo patrono le dijo: «Mira, fulano, ya sabes que hasta ahora te he vendido lo que me has pedido, pero desde aquí en adelante, no volveré a venderte nada, porque sé que se lo vas a dar a tus hijos».

Tenía yo un tío, continúa diciendo mi amigo, sirviendo como gañán con uno de los labradores del pueblo cuya mujer se había distinguido por su odio feroz a las izquierdas. Esta mujer sabía que antes de la guerra estudiaba durante las horas libres de trabajo, y le dijo un día a mi tío: «Mira en que han terminado las aspiraciones de tu sobrino Montaner. La única carrera que ha hecho es la de mendigo». Cuando lo supe, me pareció haber recibido un latigazo en la cara, que pude resistir a duras penas. Los consejos de mi tío frenaron un poco mis nervios. «Dile a esa señora, le dije después a mi tío, que tu sobrino no mendigará jamás una limosna a sus enemigos, que antes sería capaz de robarla a ella misma y hasta de matarla».

A los pocos días, esta misma señora en compañía de otra de su mismo credo, se pusieron a charlar enfrente de mi puerta a poco más de dos metros de distancia de donde nosotros nos encontrábamos entretenidos en una tarea rutinaria. La una le decía a la otra: «Mira chacha que resisten, no sé cómo pueden aguantar tanto, parece increíble que mueran tan pocos a pesar de lo que están pasando».

En aquel momento como en tantos otros de la vida, fui un cobarde. El instinto de conservación, el apego a la existencia por mezquina que ésta sea, nos hace sufrir humillaciones impropias de la naturaleza de hombres que se precian de ser rebeldes ante todo género de injusticias. Al oírlo, me miré empuñado, sin ánimo de enfrentarme contra aquella montaña de odio concentrado en semejantes monstruos de apariencia humana y sin chistar siquiera resolvimos meternos adentro mi padre y yo para no seguir escuchándolas.

Mi amigo Montamar me ha puesto de mal humor esta noche trayéndome a la memoria recuerdos que unos en más y otros en menos, todos los que quedamos al amparo de las leyes de Franco, hemos vivido, aunque no todos hemos tenido la curiosidad de recopilarlos en la imaginación con todo género de detalles como él ha hecho. Además, Montamar es algo cruel en ciertos aspectos; como sabe que estas cosas me ponen de mal humor, continúa aportando datos sobre datos como para convencerme de que en el mundo hay personas muy malas y que no tienen derecho a la vida. Por mi, aprobado.

También me dijo que a invitación de algunas de sus amistades, se dedicó a darle lecciones a sus hijos y que a los pocos días se encontró con que tenía más discípulos de los que podía atender, procediendo entonces a formar una academia en regla. Para ello, habló con los maestros de escuela que había en el pueblo, quienes no le opusieron ningún

obstáculo, al contrario, ofreciéronle su apoyo incondicional para lo que necesitase en relación con la enseñanza; después consiguió un permiso del alcalde para lo mismo y alquiló un local, con lo cual quedó expedito el plan que se proponía.

De día daba clase a algunos pequeños que tenía; por la noche, enseñaba a algunos mozos amantes de la cultura, que después de las faenas agrícolas venían a él, deseando ampliar sus conocimientos. Con algunos de estos jóvenes, de los más adelantados, solía Montamar quedarse muchas noches después de pasada la hora de la clase, para aclararles algunas de las cuestiones de más difícil comprensión.

No llevaría un mes en esta tarea cuando la guardia civil se presentó una noche en el local y permaneció allí más de media hora. Después menudearon las visitas de los civiles hasta el extremo de que era muy rara la noche que fuere en una hora o en otra, no fuesen por allí.

Una mañana, la dueña del local donde tenía la academia, vino llorando hacia él diciéndole que fulano le había dicho que la iban a llevar a la cárcel por haber alquilado el local y que por Dios y las cincuenta mil vírgenes no fuese más por allí. Aquella misma noche tuvo Montamar otro aviso confidencial advirtiéndole de lo que se estaba tramando. Había una denuncia contra él por enseñarles a los jóvenes doctrinas contrarias al movimiento, con el aditamento ya comprobado por medio de un examen de los cuadernos de los alumnos que en los ejercicios de escritura al dictado, se habían desterrado las palabras más importantes de la escolástica moderna en España: Dios, Patria, Caudillo, etc., etc. La misma persona que le dió a saber estos detalles, le aconsejó que dejase la academia y procurase marchar del pueblo cuanto antes, para lo cual él mismo, siendo una autoridad se encargaría de conseguir su traslado de residencia adonde quiera que deseara ir.

Montamar me ha dicho al llegar aquí, que nunca creyó hasta entonces que entre aquella gente hubiese alguna persona mejor que otra, sino que por el contrario, a todas las había creído siempre peor que a todas. Pero que con aquel detalle se evidenciaba que era injusto medir a todos por el mismo rasero. No creo que sostenga este criterio largo tiempo.

Montamar me ha contado muchas cosas más y otras que dice se queda en el saco para desembucharlas cuando la ocasión le sea más propicia. El caso es, que se marchó del pueblo con su padre a una capital de allí para comprobar una vez más, que era imposible escapar al odio y al hambre donde quiera que fuese bajo la égida del fascismo. No obstante, hay una verdad fundamental constatada por la experiencia que es donde se basan todas nuestras esperanzas. Y es que el tiempo no pasa en balde. El carro del progreso

avanza lentamente, ajustándose a las exigencias de los tiempos, pero avanza indudablemente. Nuestro deber es empujarlo para que llegue a feliz término cuanto antes, no cejar en nuestro empeño de combatir a la tiranía de una manera u otra, practicando el apoyo mutuo y solidarizándonos con los que sufren cualquier género de injusticias, pero no a la clásica manera de tenderles la mano y animarlos para que sigan sufriendo con resignación y paciencia, sino ayudándoles a destruir la causa de su mal. Hay que cultivar el germen de la rebeldía contra la maldad que preside el mundo actual y alentar cualquier brote de entusiasmo, dirigido hacia la conquista de la igualdad dentro del amor y la confianza, sellada con el marchamo de la libertad.

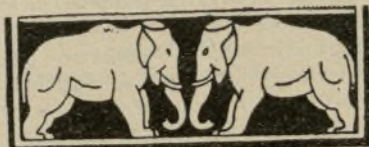
Las ideas progresistas van abriéndose paso. Nada importa la dureza de la represión. Cuanto mayores sean los obstáculos que tengan que vencer, más fuertes saldrán de la prueba, con más conocimiento de los métodos que deben adoptarse y más capacidad combativa. El teórico revolucionario que no sufre muchos reveses, puede llegar a la cima de la sabiduría y hacer mucho bien por la humanidad, pero está expuesto a caer con la misma facilidad que subió. Lo mismo sucede con las ideas; las que no han sido cimentadas con trabajo y sangre, pueden hallar arraigo en las personas acomodaticias, pero están expuestas a perecer al primer soplo de los vendavales.

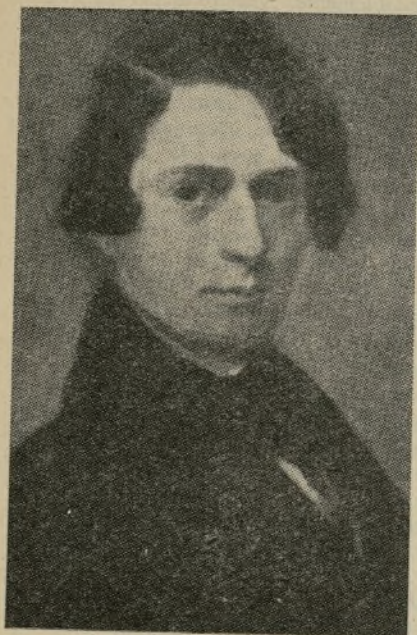
Las ideas libertarias se yerguen contra viento y marea, en una lucha constante contra todo y contra todos, pues la libertad, aun siendo el don más preciado que nos legó la naturaleza, se ha visto aherrojada por la fuerza a través de los siglos. Por eso sus conquistas son lentas, pero firmes y han dejado una huella profunda en el carácter universal, que no se borrarán jamás. Esa huella es la que marca la ruta que han de seguir las nuevas generaciones para llegar al ideal supremo, donde el hombre se contemple completamente feliz, cual corresponde a su condición de ser humano, el más perfecto y más inteligente de la creación.

La felicidad es una cosa hecha, no hay que inventarla; para entrar en posesión de ella sólo hace falta preparar el clima, saneando las costumbres y eliminando todo lo malo que se oponga a ello. Un trabajo sencillísimo, en resumen y que por sí sólo tendería a resolverse sino fuera por las complicaciones artificiales que ha ido creando la sociedad. Pero todas esas complicaciones, todos los obstáculos que se oponen al avance de la justicia y el progreso, serán arrollados por la corriente libertaria que viene inundando el campo social.

ATLANTE

Desde un lugar de España.





VIDA SENCILLA Y PENSAMIENTO == ELEVADO == Henry David THOREAU



ENRY DAVID THOREAU fué el último descendiente varón de un antepasado francés que llegó de las islas anglo-normandas para establecerse en América. En su carácter conservaba ciertas modalidades de tal origen, en raro contraste con su marcado genio de sajón.

Nació Thoreau en Concord (Massachusetts), Estado federal de Nueva Inglaterra, el 17 de julio de 1871. Se diplomó en la Universidad de Harvard, en la cual, por cierto, no se distinguió en estudios literarios. Escritor iconoclasta, no demostró nunca reconocimiento y estima por los centros de enseñanza oficiales, a pesar que les debía algo de su cultura. Al regresar de Harvard, con su hermano John abrió una escuela libre, pero a la muerte de éste, renunció a la enseñanza. Su padre era fabricante de lápices, y Henry se dedicó por algún tiempo a este oficio, creyendo que llegaría a fabricar un lápiz superior a los usuales. Al terminar sus experiencias, las enseñó a químicos y artistas de Boston, quienes comprobaron la buena calidad y excelencia de sus lápices, que podían competir con los mejores de fabricación inglesa. Volvió Thoreau a su casa satisfecho; sus amigos lo felicitaron por el éxito, que representaba un camino abierto hacia la fortuna, pero él respondió por igual a todos, que ya no fabricaría más lápices. «¿Para qué? — declaró —. ¡Si no he de lograr superarlos!» Reanudó entonces sus prolongados paseos y sus variados estudios, pero sin ocuparse aún de botánica y de zoología. Todos los fenómenos naturales acuciaban su interés, pero la ciencia puramente técnica y natural era para él indiferente.

Su habilidad para medir los terrenos era el resultado de un amplio conocimiento de las matemáticas, y de su corriente práctica en verificar medidas y en comprobar distancia de todo aquello cuanto pudiera interesarle: dimensiones de árboles, profundidad y extensión de lagunas y ríos,

altitud de las colinas, apreciación a vuelo de pájaro de sus cumbres favoritas. Todo esto, unido a su profesión de agrimensor que se le ofreció, ventaja que le mostraría insospechados horizontes y favorecería sus estudios naturalistas. Posteriormente, su actitud y pericia profesional fueron rápidamente apreciadas y hasta el final de su vida no le faltó nunca trabajo.

Siempre permaneció soltero; vivía sólo; jamás penetró en una iglesia; nunca votó; rehusó pagar impuestos al Estado; no comía carne ni bebía vino; ignoró siempre el uso del tabaco, y aunque era naturalista, nunca empleó la trampa o el fusil. Había decidido, sin duda sabiamente para su temperamento, permanecer soltero, célibe del pensamiento y de la naturaleza. Carecía de aptitudes para enriquecerse; pues sabía ser pobre sin el menor gesto de lamentación e inelegancia. Escogió tal género de vida sin el mayor esfuerzo, sin preverlo, y concluyó por adaptarse a él con plena conciencia. «¡Cuántas veces pensé—escribe en *Mi Diario*—, que aun rico un Crespo, mis ambiciones no habrían variado, igual que mi vida sencilla!»

Su manera de sentirse rico consistía sencillamente en reducir sus necesidades a lo indispensable y en subvenir las por sus propios medios. Para viajar utilizaba el ferrocarril cuando debía atravesar regiones que le eran indiferentes. A pie recorría centenares de kilómetros, evitando tabernas y posadas, pagando alojamiento a los campesinos y a los pescadores, y así podía encontrar gentes e informaciones que le interesaban.

Había en su carácter el sello característico de la seriedad sajona, virilidad y aptitud, raramente condescendiente, como si únicamente se sintiera a gusto en el inconformismo. Se trataba de una mentira que debía descubrirse, una tontería en tela de juicio, el más ínfimo aire de petulancia, cualquier redoble de tambor, etc., eran ya suficientes motivos para que desplegara ampliamente sus facultades. Poco le costaba decir *no*; le era mucho más difícil decir *sí*. Al es-

cuchar una proposición artificial, su primer impulso parecía de refutación, tanto le impacientaba lo que tendía a limitar su pensamiento. Costumbre que, como se comprenderá, tenía sus inconvenientes, pues tendía a enfriar los vínculos o a efectos sociales, y si bien quienes eran sus amigos no le acusaban de maldad o de malicia, tal manera concluía por rehuirle conversación. Semejante sinceridad y franqueza no eran propensas para un intercambio corriente de afectuosidad. «Mucho aprecio a Thoreau—opinaba uno de sus allegados—, pero la verdad es que no me place mucho su trato; en cuanto a tomar su brazo, preferiría la rama de un olmo».

En 1845 construyó con sus propias manos una casita con troncos de árbol, en las orillas de la laguna de Walden, y en tal lugar, durante dos años y dos meses, hizo una vida de estudio y de trabajo manual. Nadie de quienes iban a visitarle de cuando en cuando, pudo tacharle de afectación. Distinguióse de sus vecinos los labriegos, más por sus pensamientos que por sus actos. Cuando entendió que había extraído muy buenas enseñanzas de la soledad, renunció a ella. En 1847, al estar disconforme con el destino dado a ciertas sumas por el erario público, rehusó pagar el impuesto municipal y lo encarcelaron. Un amigo pagó el impuesto por él, y Thoreau recobró la libertad. Al año siguiente, le amenazaron con igual suerte, pero como a pesar de sus protestas sus amigos pagaron de nuevo el impuesto, dejó, según creo, de resistirse. Ni la oposición ni el ridículo causaron mella en él. Francamente expresaba lo que sentía, no afectando creer que así hubiera de ocurrir en los demás. Aunque todos los presentes en un momento dado, opinaran contrariamente, no le importaba absolutamente nada.

Nárrase que Plotino sentía vergüenza de su cuerpo y probable es que tuviera razones para sentirla. Posiblemente, sería su cuerpo un mal servidor, y como en general ocurre con las inteligencias abstractas, carecería de habilidad suficiente en sus relaciones con el mundo material. Al contrario, Thoreau disponía del más útil y adaptable de los cuerpos: baja estatura, sólida constitución, tez clara y graves ojos azules, aspecto de austeridad.

Hacia el fin de su vida, se dejó la barba, cosa que le quedaba muy bien. Poseía agudeza de sentidos, un cuerpo fuerte y robusto, manos vigorosas, hábiles para usar herramientas de trabajo, cuerpo y espíritu maravilloso y mutuamente adaptados. Podía medir sus buenos cien metros con las piernas, más exactamente que otros con la pértica o la cadena. Solía decir que en plena oscuridad nocturna se orientaba por los bosques mejor con los pies que con las manos.

Nada para él era tan fácil como calcular a simple vista la dimensión de un árbol, y de valuar a ojo de buen cubero, el peso de un lechón o de un ternero. De una caja conteniendo un peso de ocho galones o mayor cantidad de lápices, extraían sus manos la mayoría de las veces, sin mirar, dos puñados de media docena, cada uno. Destacábase nadando, caminando, patinando y remando; en cuanto a su resistencia para caminar, era mayor que la de cualquier campesino. Su cuerpo y su mente se ajustaban perfectamente. Para él la marcha era una necesidad vital. Caminar era en su caso proporcional a escribir. No hubiera podido escribir encerrado en su cuarto.

Sin que le estorbase o dificultase su memoria, Thoreau era de los que vivían al día. Si ayer nos trajo una nueva idea, la de hoy era novísima, y por lo tanto más revolucionaria aún. Industriosos como el que más, al igual que todos los hombres de vida noble, para él era el tiempo de un

valor estimable. Y sin embargo, parecía ser la única persona que sabía de ocios en el pueblo, pues siempre se le encontraba dispuesto para una excursión proyectada o para una prolongada conversación. Las reglas de la habitual prudencia no paralizaban su buen sentido incisivo, constantemente al nivel de las ocasiones. Practicaba y era de su preferencia el régimen más sencillo posible de nutrición; pero, al encontrarse con vegetarianos, se mofaba de todos los regímenes que pretenden reformar al mundo con las compresas húmedas, afirmando que «el hombre que caza el búfalo, vive mucho mejor que el que come en el hotel Graham». Agregando: «Se puede dormir cerca de la vía del ferrocarril sin sentirse molesto. Pues sabe perfectamente la naturaleza, cuáles son los sonidos que debemos escuchar, y es así como ha dispuesto no escuchar el ruido de los trenes. Las cosas respetan al pensamiento elevado y el éxtasis mental no se interrumpe nunca». Cuando de lejos había recibido alguna planta que le era desconocida, se extrañaba luego por encontrarla con frecuencia. Golpes del azar, muy comunes en los hábiles jugadores, que le favorecían mucho. Paseando cierta vez con un forastero, al preguntarle éste, donde se podría encontrar flechas indias, Thoreau respondióle: «En cualquier parte». Dicho lo cual, se inclinó hacia la tierra, y recogió una del suelo. Fué cuando se cayó y se lesionó un tobillo en un barranco del monte Washington, donde observó por primera vez la planta llamada árnica.

Su robusto buen sentido, ayudado por vigorosas manos, de fuertes proporciones no es lo suficiente para explicar la grandeza resplandeciente de su vida sencilla y oculta. Debo recordar un hecho capital: su presencia y su excelente sabiduría, propia ésta de una rara y privilegiada clase de individuos le permitían ver al mundo material bajo el aspecto de un símbolo. Esta revelación mental que suele otorgar al poeta cierta claridad accidental y fugitiva, como ornamentación de sus poemas, era en cambio para él una luminosidad nunca desfalleciente. Sus pretendidos defectos de carácter nunca pudieron hacerla palidecer, no siendo tampoco obstáculos, pues mucho se cuidaba de no perder la parte mental de sí mismo. Ya nos lo refirió en su juventud: «El mundo de la sabiduría es mi mundo; mis lápices no han de dibujar otro; ni otro esculpirá mi cincel, porque ese mundo de arte es un medio y un fin para mí». Allí estaba la fuente de su inspiración, el genio regulador de sus opiniones, sus conversaciones, sus estudios, su trabajo y todo el curso de su preciosa vida. Modalidad que le había convertido en fino observador de los seres humanos. Medía a sus amigos con una simple ojeada, y aunque parecía cegado para ciertas apreciaciones de la cultura que nos son caras, no por eso dejaba de juzgarlas, cabalmente, en peso y medida. De tal modo, que producía en los demás, una impresión genial, que siempre fluía de su conversación o de sus escritos.

Consagró Thoreau con tal amor su genialidad al campo, a las colinas y a los arroyos de su lugar natal, que se obstinó y logró hacerlas conocer e interesar a todos los lectores del país y a los de más allá de los mares. El río Conord, en cuyas márgenes nació y murió, érale conocido desde su nacimiento hasta su confluencia con el río Merrimac. Lo observó y estudió tantos años, fuera en otoño o en invierno, como así en primavera y verano, a todas las horas del día y de la noche. Todo lo que bulle en el seno del río Conord, en las orillas o en el aire que lo circunda, los peces, sus posturas y sus nidos, sus costumbres y nutrición,

las moscas que en ciertos atardeceres invaden la atmósfera y que los peces engullen tan vorazmente que mueren atragantados; los montículos cónicos de pequeñas piedras a flor de agua, los nidos inermes de los pequeños pececillos, que a veces uno de ellos bastaría para cargar un carro; los pájaros que frecuentan las orillas: garzas, ánades, somormujos, halcones; las serpientes, ratas almizcleras, nutrias, marmotas, zorros, tortugas, ranas, rubetas, grillos que parecen la voz de las orillas; todos estos seres que tan bien conocía, constituían para él sus amigos. Cuando oía mencionarlos aisladamente, cuando se hablaba de su talla en centímetros, cuando se exhibía sus esqueletos o se mostraba una ardilla o un pájaro conservado en alcohol, encontraba tal cosa contranatural y absurda. Le agradaba referirse a las costumbres del río, como si él no fuera una persona viviente, pero siempre lo que hablaba era exacto y bien observado. Tan bien como a los ríos y arroyos, conocía a las lagunas de la comarca.

Me parece que su perseverante empeño en relacionarlo todo con el meridiano de Conord, de ningún modo era motivado por ignorancia o desprecio hacia otras latitudes o longitudes. Lo que ocurría que tal cosa significaba para él un medio jovial y ameno para expresar su indiferencia hacia los demás sitios, y la convicción acendrada de que, en todo lugar, el mejor es el que ocupamos. Así lo expresó un día con estas palabras: «Pienso que hay que esperar bien poco de vosotros, si el rincón de polvo que holláis no es más dulce a vuestro labio que cualquier otro rincón del mundo o de todos los mundos».

Otra hermosa cualidad que le servía para superar a todos los impedimentos de la ciencia, era su admirable paciencia. Podía quedarse inmóvil, como si fuera parte integrante del bloque de piedra en el cual estaba apoyado, hasta que el pájaro, reptil o pez que había desaparecido huyendo, volviesen, retomaran sus costumbres y, empujados por la curiosidad, se aproximaran para mirarlo.

Era todo un placer y un privilegio pasearse en su compañía; la comarca le era conocida como si fuera un zorro o un pájaro de los contornos, y la recorría con toda libertad por senderos que le eran familiares. Conocía cualquier rastro en el terreno o en la nieve, y podía dar exacta información sobre quien por allí había transitado antes. Con tal compañero como guía no había más que dejarse guiar dócilmente, pues la recompensa era de lo más valiosa. Bajo el brazo llevaba una vieja sierra de mano para serrar las

plantas. Nunca faltaban en sus bolsillos un carnet y un lápiz, un largavista para los pájaros, un microscopio, un cuchillo y un ovillo de hilo. Usaba sombrero de paja, fuertes pantalones grisáceos, gruesos zapatos, que se abrían paso entre los robles pequeños y los matorrales espinosos, o bien trepaban con facilidad a la cima de los árboles para observar la maravilla de un nido de ardillas o de halcones. Se adentraba en lagunas y pantanos para mirar de cerca a las plantas acuáticas, y sus robustas piernas no eran parte despreciable de su equipo. Un día en que le acompañaba, Thoreau iba a ver si podía encontrar una planta acuática que en latín se llama «Menyanthis». Recorrió sin cansarse toda la extensión de una laguna hasta que por fin la halló, y al mirar su corola declaró que había florecido hacía precisamente cinco días. Sacó del bolsillo su carnet de apuntes y me leyó los nombres de todas las plantas cuyo nacimiento correspondía a ese día, pues anotaba sus fechas naturales como un banquero sus vencimientos. ¡Claro, pues, si el «Cypripedium» florecerá recién mañana! Porque, a creerle, si de pronto despertara de un sueño letárgico en plena laguna, podría decirnos, según las plantas, tal vez con diferencia de sólo un par de días, el momento del año en que vivíamos.

Revoloteaba el inquieto colirrojo en nuestro torno; seguíanle de cerca los vistosos piñoneros, mostrando en su pesado y ondulado vuelo, el vivo color rojo de su plumaje, que «hacía frotarse los ojos al imprudente observador», y cuyo canto comparaba Thoreau, por su clara melodía, con el puro canto de la tanagra. Más luego se oyó un cántico suave, que debía ser el del pinzón de la noche. Nunca podía verlo, por más que lo intentaba. Doce años hacía que venía buscándolo, y siempre lo oía sumergirse en la frondosidad del arbolado o de la maleza, donde era inútil ya buscarlo. Es el único pájaro que canta tan bien durante la noche como en el día le aconsejé que no se esforzara en hallarlo para incluirlo en sus apuntes, por temor a que la vida no le reservara ya más sorpresas. «Lo que buscamos en vano durante media vida — me respondió —, un día se nos puede aparecer inesperadamente, como si sorprendiéramos a toda la familia sentada a la mesa. Al encontrarlo nos consideramos pertenecencia suya, después de haberlo buscado como se busca un sueño».

Ralph Waldo EMERSON

(Concluirá en el próximo número.)

Nuestro próximo folletón

Siguiendo la obra de propaganda que intenta realizar CENIT con los pequeños grandes libros recogidos en las páginas de su folletón encuadernable, a partir del próximo número empezaremos la publicación del magnífico trabajo de Rudolf Rocker «LA LUCHA POR EL PAN».

Editado hace muchos años, en versión original, por la revista «Estudios» de Valencia, «LA LUCHA POR EL PAN» es uno de los volúmenes de análisis y crítica de los problemas sociales que más contribuyeron a la formación de la conciencia militante en los años 30 al 36.

CENIT se honra reproduciendo estas páginas de oro de nuestra literatura, en las cuales el pensamiento poderoso de Rocker y su dialéctica implacable alcanzan su mayor plenitud.

Recomendamos a los lectores de CENIT la lectura y conservación de estas páginas maestras, que, apesar de los años transcurridos, nada han perdido de su actualidad. Por el contrario, los hechos y su sucesión de desdichas mundiales, no han hecho más que dar la razón a las justísimas previsiones de nuestro compañero.

El pensamiento vivo de THOREAU

(Continuación)

La grandeza de Tebas fué una grandeza vulgar. Más sensatez hay en una vara del muro de piedra que limita el campo de un hombre honesto que en una Tebas de cien puertas y que se ha extraviado lejos del verdadero fin de la vida.

—o—

En cuanto a las Pirámides, nada puede maravillarnos tanto como el hecho de que hubiera tal cantidad de hombres lo bastante degradados para emplear sus vidas en construir la tumba de algún ambicioso monarca, al que habría sido más cuerdo y viril ahogar en el Nilo, y arrojar luego su cuerpo a los perros.

—o—

Respecto a vuestras altas torres y monumentos, hubo en este pueblo un loco que emprendió la tarea de abrir un subterráneo hasta la China, y lo llevó tan lejos que consiguió según dijo, oír el rechinar de las ollas y calderas chinas; pero yo no me apartaré de mi camino para admirar el agujero que él hizo.

—o—

Muchos se interesan por los monumentos de Oriente y de Occidente, y quisieran saber quién los construyó. Por mi parte, me gustaría conocer a quien en aquellos días no los construyó, porque estaba por encima de tales bagatelas.

—o—

Mi mayor habilidad siempre ha sido necesitar poco.

—o—

Bien pensado, encuentro que la ocupación de jornalero es la más independiente de todas, especialmente porque exige treinta o cuarenta días al año para el propio sustento. El que trabaja por día ha terminado cuando se pone el sol, y queda libre para consagrarse a sí mismo; mientras que su explotador, que especula a sí mismo; no tiene tregua de un extremo al otro del año.

—o—

Un joven conocido mío, que ha heredado algunos acres, me dijo que él viviría como yo, «si tuviera los medios». Yo no desearía que nadie adoptara mi modo de vivir; porque, además de que cuando él lo haya aprendido yo podría haber encontrado otro, me gusta que existan en el mundo tantas personas diferentes como sea posible; lo que me parece bien es que cada uno se aplique con cuidado a encontrar y seguir «su» camino y no el de su padre o de su vecino.

—o—

Sobre todo, como ya lo he dado a entender, el hombre que va solo puede partir hoy; pero el que viaja con otro ha de esperar hasta que ese otro esté listo, y puede pasar mucho tiempo antes de que partan.

—o—

Como si el sol debiera detenerse una vez dando a sus llamas el esplendor de una luna o de una estrella de sexta

magnitud, y andar luego como Robin Goodfellow, asomándose a cada ventana de cabaña, inspirando a lunáticos, corrompiendo carnes y aclarando la oscuridad, en lugar de acrecer constantemente su cordial calor y beneficencia, hasta alcanzar un brillo tal que ningún mortal puede mirarlo de frente, y entonces ir por el universo recorriendo su propia órbita, haciendo el bien al mundo, o más exactamente, como un verdadero filósofo lo ha descubierto, consiguiendo que el mundo, al ir siguiéndolo, se vuelva bueno.

—o—

No hay olor tan feo como el que despiden la bondad corrompida. Es la carroña de lo humano.

—o—

Mi deseo es que mis compañeros vivan libres de una vez por todas y sin compromisos tanto tiempo como puedan. Poca diferencia hay entre que estén sujetos a una granja o a la cárcel del condado.

—o—

El viento de la mañana sopla siempre, el poema de la creación es ininterrumpido; pero pocos son los oídos que lo escuchan.

—o—

El Harivansa dice: «Una morada sin pájaros es como una carne sin condimento». Eso no puede decirse de mi morada, pues yo he gozado de la inmediata vecindad de los pájaros, no por haber aprisionado alguno, sino por haberme puesto yo mismo en una jaula cerca de ellos.

—o—

«Nadie es más feliz en el mundo que los que gozan libremente de un vasto horizonte», decía Damodara cuando sus rebaños exigían nuevos y más grandes campos de pastoreo.

—o—

Quien no cree que cada día contiene una hora más sagrada, más auroral, que las que él ya ha profanado, ha desesperado de la vida y sigue un camino que desciende y se oscurece cada vez más.

—o—

He ido a los bosques porque he deseado vivir en la meditación, afrontando únicamente los hechos esenciales de la vida, viendo si podía aprender lo que ella había de enseñarme, y no sucediera que estando próximo a morir, descubriese que no había vivido.

—o—

En medio de este mar picado de la vida civilizada, son tales las nubes, las tormentas, las arenas movedizas, y los mil y un detalles que deben considerarse, que un hombre si no quiere zozobrar e irse a pique sin llegar a ningún puerto, tiene que vivir haciendo cálculos. Me parece que simplificar es lo mejor. De cien platos, bastan cinco. Y así hay que reducir todo en la misma proporción.

—o—

Casi no hay hombre que, al despertar de una siesta de media hora después del almuerzo, no levante su cabe-

za y pregunte: «¿Qué hay de nuevo?», como si todos los demás hubieran estado haciendo de centinelas para él. Algunos ordenan que se les despierte cada media hora, sin duda con ninguno otro objeto; y luego como retribución, cuentan lo que han soñado. Después del sueño de una noche, las noticias son tan indispensables como el desayuno. «Por favor, dime algo nuevo que le haya sucedido a un hombre en cualquier parte del globo», y lee, mientras toma su café con bollos, que a un hombre le han arrancado los ojos en el río Wachito; pero nunca se imagina que el mismo vive en la oscura, insondable y enorme caverna de este mundo, y sólo tiene el rudimento de un ojo.

—o—
Yo por mi parte, podría pasarme fácilmente hasta del correo. Creo que son muy pocas las acumulaciones importantes hechas por su intermedio.

—o—
Tampoco he leído noticias memorables en un periódico. Si leemos que a un hombre le robaron o lo asesinaron, o que murió en un accidente, o que se quemó una casa, o un barco naufragó, o un vapor explotó, o que una vaca fué arrollada por el tren, o que un perro rabioso fué muerto, o algo sobre una plaga de saltamontes en invierno, no necesitamos leer nunca más sobre lo mismo. Si conoce uno el principio ¿qué pueden importarle diez mil ejemplos y aplicaciones? Para un filósofo todas las «noticias» son comadrería, y los que las editan o las leen, son como viejas tomando el té. Pero no son pocos los ávidos de esa cháchara.

—o—
Cuando no tenemos prisa y somos sensatos, descubrimos que solamente las cosas grandes y dignas, tienen una existencia permanente y absoluta; que los miedos mezquinos y los mezquinos placeres no son más que sombras de la realidad. Esto es siempre edificante y sublime. Cerrando los ojos y adormeciéndose, y consintiendo en ser engañados por las apariencias, los hombres establecen y sancionan su vida diaria de rutina y hábito por todas partes, una vida que todavía está construida sobre bases puramente ilusorias. Los niños, cuya vida es juego, discernen su verdadero sentido y sus relaciones más claramente que los hombres, los cuales no consiguen vivirla dignamente, pero creen saber más por su experiencia, es decir, por su fracaso.

—o—
Vivamos nuestro día tan reflexivamente como la Naturaleza, sin dejarnos sacar de la senda por cada cáscara de nuez o ala de mosquito caída sobre los rieles. Levantémonos temprano y, en ayunas o desayunados, quedémonos dulcemente imperturbables; que compañía vaya y compañía venga, que las campanas suenen y los niños griten, estemos determinados a hacer del presente un verdadero día.

—o—
El tiempo no es más que un río en el cual estoy pescando. Bebo de él, pero al beber veo el fondo de arena, y noto que es poco profundo. Su delgada corriente resbala y pasa, pero la eternidad permanece. Desearía beber aguas más hondas y pescar en el cielo, cuyo fondo tiene por guijarros las estrellas.

—o—
Aunque me he hallado fuera del radio de las bibliotecas circulantes ordinarias, he estado siempre dentro de la in-

fluencia de aquellos libros que circularon alrededor del mundo, cuyas sentencias fueron primero escritas sobre corteza de árboles, y ahora son meramente copiadas, de cuando en cuando, sobre papel de hilo.

—o—
Se oye decir a menudo que el estudio de los clásicos debería dejar lugar a estudios más modernos y prácticos; pero el estudiante animoso estudiará siempre a los clásicos, en cualquier idioma en que estén escritos y por más antiguos que sean.

—o—
Leer bien—esto es, leer libros verdaderos—, con espíritu verdadero es un noble ejercicio, y será mayor tarea para el lector que cualquiera de los otros ejercicios apreciados por la moda.

—o—
Los libros deben ser leídos tan reflexiva y recatadamente como fueron escritos.

—o—
El orador cede a la inspiración de una ocasión transitoria, y habla a la multitud que está delante de él, a aquellos que pueden oírlo; pero el escritor cuya uniforme vida es su constante ocasión, y a quien distraerían el suceso y la multitud que inspiran al orador, habla al intelecto y al corazón de la humanidad, en cualquier siglo, y a todos los que pueden entender lo que dice.

—o—
Los libros son la riqueza atesorada del mundo y la digna herencia de pueblos y generaciones. Los libros más antiguos y mejores quedan bien y no desentonan en los estantes de cualquier choza. No tienen causa propia que defender, pero en cuanto alumbran y sostienen al lector, el sentido común de éste no los rechaza. Sus autores son la nobleza natural e irresistible de toda sociedad, y ejercen una influencia sobre el género humano mayor que la de los reyes y emperadores.

—o—
Rara vez los modernos han igualado, dígame lo que se quiera de su genio, a la elaborada belleza, perfección y heroica labor literaria de los antiguos. Sólo los que no han leído a Homero, Esquilo o Virgilio pueden hablar de olvidar a los clásicos.

—o—
He experimentado que la más dulce y tierna, la más inocente y alentadora sociedad puede ser hallada en cualquier objeto natural, hasta para el pobre misántropo o el hombre más melancólico. No puede haber verdadero humor negro para quien vive en medio de la naturaleza y tiene sus sentidos tranquilos.

—o—
Nada puede imponer a un hombre sencillo una tristeza vulgar. Mientras gozo de la amistad de las estaciones, tengo confianza en que nada puede hacer que la vida me resulte pesada.

—o—
¿Qué especie de espacio es el que separa a un hombre de sus semejantes y lo vuelve solitario? He hallado que ningún esfuerzo con las piernas puede acercar gran cosa a dos pensamientos fraternales. ¿De qué necesitamos estar más serca? No de muchos hombres seguramente, ni de la estación, del correo, del bar, de la capilla, de la escuela, de la tienda, etc., que es donde los hombres se congregan, sino de la fuente perenne de la cual brota nuestra vida.

de miserias, haréis de aquel hombre un ser inferior incapaz de sentir las grandezas humanas.

Por el contrario, envolved su inteligencia de una atmósfera científica y se apropiará de la ciencia sin darse cuenta de ello; ponédlo en relación con gente que tenga todas sus necesidades satisfechas, feliz con aquella felicidad que inculca la seguridad a la vida en todas sus manifestaciones también, y tendréis un hombre a propósito para las grandezas morales; rodeadlo de gente inculta y desvergonzada y haréis del mismo ser un ser grosero y mísero. De manera que un mismo hombre será sabio o ignorante, bueno o malo, feliz o desgraciado, según sea el medio que lo envuelve.

Y esta es una ley rigurosa, tanto, que ni la misma naturaleza puede alterar; antes al contrario, las predisposiciones nativas, si es que nacemos con predisposición a algo, quedan vencidas por el medio del ambiente.

Nosotros invitamos a Lombroso y a todos sus satélites a que elijan de entre la humanidad al tipo que les parezca más perfecto colocándolo en medio de una tribu de gitanos.

Seguro que de nada le valdrán todas sus buenas cualidades y que ellas quedarán vencidas por lo que vea, por lo que toque y por lo que oiga entre aquella gente.

Pues, bien, transformemos la sociedad, hagamos desaparecer este ambiente que obliga al hombre a ser un verdugo del hombre; que lo exige como condición de vida deje todo escrúpulo y toda mira elevada; que rodea a unos de desgracias, de injusticias y de ignorancia, produciendo odios, venganzas y maldiciones, haciendo de los otros unos seres astutos, hipócritas y soberbios, y tendréis un hombre capaz de sentir y de pensar tal como nosotros ni podemos concebirlo. Todas aquellas grandezas morales e intelectuales que nos explican los filósofos anunciadores de la sociedad futura, serán posibles y prácticas, cuando las condiciones que rodean al hombre sean tales, que lo supediten a una vida de amor, de libertad y de sabiduría como reina hoy el odio, la tiranía y la ignorancia, porque las condiciones de la sociedad, el medio ambiente en conjunto, nos supedita a una vida de exterminios, de robos y de brutalidades.

He aquí en qué se funda el socialismo para mejorar las condiciones morales e intelectuales del hombre.

La caridad, esta grandeza moral tan alabada por el catolicismo, cuando se practica, que no se practica jamás con el carácter que pudo tener en labios de Cristo, es nada o casi nada al lado de la grandeza moral del socialismo que se conoce con el nombre de solidaridad. La caridad justifica y hasta legaliza la miseria; la solidaridad recaba para todo hombre el derecho a la vida en partes iguales.

¡Qué bien caracterizan estas dos palabras la evolución del sentimiento y qué bien dividen lo que puede tener de buena la sociedad presente de la grandeza moral de la sociedad futura!

Religión y socialismo son dos nubes cargadas de electricidades diferentes.

LA RELIGION Y LA CUESTION SOCIAL

POR J. MONTSENY

PARA MIS AMIGOS

ES menos adversario mío quien es menos autoritario. Mi idea es la de la libertad absoluta y aquel que más reduce las funciones de la autoridad, más libre deja al hombre y por consiguiente más a mis creencias se acerca.

En el reino intelectual existe también aquella evolución que reina en el mundo orgánico y que hace de la animalidad una continuación de la evolución vegetal.

Así como no puede decirse de un modo absoluto dónde cesa el reino vegetal y dónde empieza el animal, así tampoco puede apreciarse dónde acaban y dónde empiezan éste o aquel orden de ideas.

La intelectualidad humana, como la evolución orgánica, es un tejido en donde enlazan las teorías pasadas con las presentes y las presentes con las futuras, de suerte que no pueden desligarse, por ser unas consecuencia y continuación de otras y que todas precisan para formar ese gran mundo de la idea.

Si del reino animal hiciéramos desaparecer una o dos especies, no habría continuidad en la evolución orgánica, como no habría en el ser intelectual si rasgáramos del libro de la filosofía humana una o dos de sus páginas.

No hay saber bastante en el saber humano, el único saber que existe, para apreciar los grados de intelectualidad que media del absolutista más liberal al conservador más reaccionario; del conservador más avanzado al liberal más conservador; del liberal más demócrata al republicano más reaccionario; del republicano más radical al socialista más moderado y del socialista más furibundo al anarquista. Y sin embargo, de la idea anarquista a la absolutista el pensamiento ha de recorrer enorme distancia, que sólo recorre merced a la abstracción del pensamiento individual, imposible por el pensamiento de la masa, de la humanidad, porque ésta no puede sustraerse a la evolución, a la continuidad que existe desde la esponja al hombre, desde aquella idea metida en la nebulosa de la intelectualidad y que ante ella la de nuestros absolutistas es una enorme mole formada por la interposición de mil y mil pensamientos, hasta la magnitud de las ideas concebidas por los partidarios de la libertad absoluta.

*

Siempre he creído que la mejor manera de abonar a un ideal consiste en sustentarlo con dignidad, y consiste también en algo más: en no hacer de la idea una bandera de discordias y de malquerencias. Yo no hallo razón ni para odiar a nadie ni para hacer que nadie que

nadie me odie, porque entiendo que ni mi idea ni mi persona ganan en ello, ni me lo promulga la doctrina que yo sustento, que nada promulga ni nada impone y que de imponer o promulgar algo no sería ciertamente ni el maquiavelismo, ni la inmoralidad.

Ahora bien: ¿traduciría fielmente el espíritu de la idea ácrata si en nombre de ella odiara a los hombres e hiciera que los hombres se odiaran? De ninguna manera. Cada hombre es una célula que desempeña funciones propias en este gran organismo social y no sólo todos somos una necesidad en el funcionamiento de esta enorme maquinaria que hoy funciona con patente injusticia, sino que desempeñamos nuestra misión de una manera fatalista, sin que hayamos hecho esfuerzo propio para ser lo que somos, antes al contrario, estamos donde nos ha dejado este inmenso engranaje social que recorre ambos hemisferios con asombrosa rapidez y donde ha permitido que estemos en nuestra constitución orgánica.

*

Luchemos con valor y abnegación para el triunfo de nuestras ideas. de nuestra hermosa y justa Anarquía, pero al hacerlo, hemos de tener en cuenta que el hombre es lo que han querido fuera las condiciones que lo han rodeado y en cierto modo lo que hemos querido nosotros, porque todos y cada uno tenemos nuestro grano de arena en el modo de ser de los que formamos la humanidad, desde este sabio tan enamorado de su inteligencia y de su saber por crearlas obra suya y de Dios, hasta el idiota que vaga por las calles sin tener conciencia de su personalidad intelectual.

En medio de todas nuestras desgracias, de todas nuestras miserias, de todo el odio y persecuciones de que somos objeto, hemos de saber mantenernos por encima de nuestros enemigos, si queremos alcanzar la simpatía de los caracteres sanos, sin cuyo concurso no seremos nosotros los destinados a plantar la bandera de la revolución social.

*

No abriguemos con el manto de la Anarquía los actos que son pura consecuencia de esta sociedad, jamás lo suficiente despreciada, que en este caso ocultamos con el nombre querido de la Acracia deficiencias de la actual sociedad y hasta nuestras deficiencias y debilidad de carácter.

Si queremos vencer, que queremos, hemos de saber imponernos a todas las situaciones difíciles de la vida, y cuando ésta se haga tan pesada que subsistir con dignidad se haga imposible, entonces y para justificar acciones que a veces redundan en perjuicio de la propaganda y de los anarquistas siempre, no hemos de exclamar: ¡la Anarquía me lo promulga!, que la Anarquía no demanda hagamos de los compañeros materia explotable y del esfuerzo dedicado a la propaganda, objeto de particular recreo.

Obrando como alguien obra, se hace cómplice a la Acracia de lo que sólo es cobardía propia, se desgastan energías y voluntades al-

divinidad. No puede creer en las doctrinas que hacen derivar la desigualdad económica de designios sobrenaturales.

IX

La religión intenta moralizar al mundo por medio del temor: por el infierno y el purgatorio; el socialismo busca el mismo fin, por la satisfacción de las necesidades inherentes a todo ser que quiere, siente y piensa. La primera quiere, sí, mejorar las ideas morales del individuo por la influencia de existencias imaginarias; el socialismo quiere llevar a cabo la misma labor, pero haciéndola extensiva al cuerpo y a la inteligencia, a la materia toda, por la satisfacción de necesidades sentidas. Véase la enorme diferencia que va de la religión al socialismo y que ambos andan por caminos que son divergentes. Querer armonizar dos cosas que se repelan como lo hacen el calor y el frío, el fuego y el agua, es desconocer completamente a la naturaleza humana.

La cuestión social es una cuestión promovida por la aspiración del socialismo, pero del socialismo verdad; no del socialismo católico, inventado a última hora al objeto de desvirtuar los efectos del verdadero; y el socialismo en todos sus matices, trabaja para el planteamiento de la igualdad económica. Aplicar la palabra socialismo a una composición de ideas medio místicas, medio políticas, pero siempre reaccionarias y tontas, es dar a las cosas el carácter conveniente a fines particulares.

No es socialismo las ideas que aspiran a la transformación social, así las propague el católico como el librepensador. Lo más será seguir la evolución que en política hace el pueblo para explotarlo y hacerlo servir de pedestal todo el tiempo que lo permita la ignorancia del pobre.

No es, no puede ser socialismo el socialismo católico, por cuanto no quiere la igualdad económica, y que no la quiere, demuéstalo la enorme desigualdad que fomenta y practica, y el modo de ser de las asociaciones religiosas, que más eso parecen asociaciones financieras según como anteponen los intereses comerciales y carnales a los intereses de la religión y del espíritu. Comunidades religiosas hay, que parecen constituidas para explotar a la humanidad en provecho propio y no para educarla y dirigirla. Esto nos dará la medida de su moralidad y de su socialismo. Es patente, pues, que una cosa es la religión y otra cosa el socialismo y que a nuestros días es cosa igual religión y comercio.

Veamos ahora en qué consiste la moral del socialismo.

Conocedor de la naturaleza humana el socialismo y enterado de la importantísima influencia que el medio ambiente tiene en el modo de ser del hombre, moral, intelectual y físicamente considerado, intenta valerse de dicha fuerza para embellecer al humano ser, embelleciendo las cosas que están en contacto con él.

Si a un hombre, por perfecto que sea y por bien dispuesto que haya venido para el bien, le rodeáis de desgracia, de injusticia y

lo creó la ignorancia de una humanidad que no supo ni pudo explicarse los fenómenos de la materia; pero creado ya, ha servido, sí, sus ministros y luego después en la infalibilidad y justicia de unas leyes a él atribuidas.

Se ha tenido buena cuenta de poner en labios de todos los Dioses palabras que hayan hecho creer al misero lo que convenía a sus explotadores. Antiguamente los Dioses querían la esclavitud y la querían de entre los miseros, porque las almas de los poderosos eran superiores al de los miserables. Más adelante Dios no quiso esclavos, pero quería pobres y el hombre era pobre, satisfecho de su suerte porque Dios lo quería.

Mientras se ha creído en el origen divino de leyes hechas por humanos astutos, todo ha ido bien, nadie ha intentado rebelarse contra ellas, pero ha venido la duda y luego la negación de la divinidad y por consecuencia todas las leyes que se creían obra suya han caído en descrédito.

El origen de la cuestión social viene de no creer en la obra divina. Mientras se ha creído en Dios no ha habido cuestión social, esto es, un partido que aspire a la igualdad económica. ¿La quiso Espartaco? ¿La quisieron los siervos? No: la quieren los obreros. Luego sólo desde que existe el obrero existe la cuestión social.

Repárase en la evolución intelectual de la humanidad y en la evolución que ha ejecutado la doctrina de la divinidad y se verá la conexión que existe entre ambos y del modo cómo en el último extremo se ha hecho aceptar a Dios, por medio de sus propios ministros, teorías reclamadas por el hombre.

Mientras no se puede lograr detener la emancipación humana por medio de máximas de Dios derivadas, se ha hecho admitir a la religión doctrinas formuladas por el hombre, y hasta en nuestros días la religión intenta hacerse socialista por ser el socialismo lo que priva y lo que privará en adelante. Persígase con ello el objeto único de desviar una vez más a la humanidad de su objetivo, y si esto no puede lograrse del todo, transigir y sacar la parte que sea posible en beneficio del privilegio.

Por eso el socialismo de la religión no es ni puede ser el socialismo verdadero, porque ello implicaría la negación de todos sus privilegios y por consiguiente su propia negación.

Mientras la religión ha tenido influencia en las inteligencias, no como ahora, que sólo la tiene en los cuerpos, ha sido posible la desvirtuación de la igualdad a que aspira siempre el hombre con más o menos claridad de concepto, pero hoy, perdida aquélla entre las ideas que se debaten en la vanguardia del pensamiento, ha quedado relegada a una institución histórica.

He aquí explicada la distinción que ha de hacerse entre las luchas que el misero antiguo provocó y las luchas promovidas por el miserable moderno.

Quiere hoy lo que jamás quiso: la igualdad económica; por eso se llama cuestión social. No cree hoy en lo que siempre creyó: en la

tamente estimables y, lo que es peor, se filtra en la masa el virus de la desconfianza y el concepto de que entre los anarquistas hay sólo seres vividores e inmorales, cosas que debe evitar el que de amar a la Anarquía se aprecie.

Están ya dichas las palabras que quería decir a mis amigos.

J. MONTSENY.

LA RELIGION Y LA CUESTION SOCIAL

La cuestión social es un problema planteado de una manera decisiva y cuya solución la impone la perfección de las sociedades y la aspiración del proletariado.

Siempre ha habido miseria y no siempre ha habido cuestión social. ¿Qué prueba esto? Que no es la miseria su causa, sino un asunto más elevado: la perfección intelectual del humilde.

Que es cuestión planteada en todos los terrenos, lo concibe el cerebro de concepción más tardía.

El poeta, el científico, el literato, el industrial, el obrero, todos, al sentirse heridos por la escasez, reconocen que el mundo no funciona con la debida justicia, ya que a sus aspiraciones, a sus deseos, a sus necesidades, se antepone el obstáculo económico.

Antiguamente, cuando el pensamiento humano carecía de las ideas de igualdad y de emancipación, la falta de lo más indispensable para la vida se hallaba como cosa natural e inevitable. Y se comprende, considerando que a la inteligencia humana se le escapa para que fuera enorme injusticia el hecho de faltar a uno lo que otro tenía de superfluo.

Pero antiguamente no existía la cuestión llamada económica, porque las aspiraciones de los antiguos esclavos se reducían a no querer ser menos que las bestias, ya que ni las consideraciones ni las solicitudes prestadas a éstas por sus dueños podían obtener los esclavos.

¡Cuán débil la luz primera de la libertad! ¡Cuán inmensa la luz de la libertad que hoy concebimos! ¡Con qué inmutabilidad camina el mundo hacia lo grande y lo bello!

Las ideas se suceden unas a otras.

En el mundo del tiempo nada representa el cambio de creencias; en el mundo humano ríos de sangre representa.

Débil movimiento, débil ondulación de las olas del progreso significa la Anarquía en la eternidad intelectual; en la vida de la generación presente días de luto, de combate, mares de pasiones significa.

Cuando hayan pasado siglos, cuando las humanidades futuras sólo por la historia conozcan nuestras luchas de hoy, tarea fácil les pareciera la resolución del problema social; hoy dique invencible nos parecen las preocupaciones, la ignorancia y el egoísmo del hombre.

Es verdad: todo lo pasado es pequeño; todo lo presente es grande.

Cuestión de espacio toda cuestión de volumen. Este disminuye a medida que la humanidad se aleja; los problemas se agrandan al acercarse la hora de resolverlos. Resueltos, nada: otro problema. Lo invencible se ha tornado un pigmeo; la mole háse vuelto una molécula.

Las luchas de momento a que toda generación asiste, eclipsan las luchas pasadas, y en la vida del ser humano siempre luchas, siempre problemas que resolver, siempre montañas que salvar; el hombre adelante, siempre adelante.

¡Qué grande es la inteligencia humana!

Aquel sudra, al que le estaba vedado aprendiera a leer y escribir; que le era prohibido hablará a sus señores de otro modo que no fuera vuelto de espaldas; que tenía privado poseer ninguna vasija que no fuera rota, alcanzó la gracia de aprender a escribir y leer, hablar de frente a su señor y de poseer vasijas sin quebraduras.

La ley que hacía de un hombre un mueble, fué abolida, no por los sentimientos religiosos del amo, sino por la elevación intelectual del esclavo que le incitó a alcanzar por la fuerza la categoría reclamada por su mayor inteligencia.

Por aquella evolución de que nos hablan los grandes maestros de la teoría y del experimento, se perfeccionó el pensamiento de la bestia, y ésta quiso ser hombre y lo fué: pero no un hombre tal como lo entiende nuestra actual perfección, sino tal como podía concebirlo un ser que creía ser libre con sólo poseer la libertad de ser padre.

¡Ah! horroriza pensar la humillación, el escarnio y la bruticia moral de los pasados tiempos.

A la rebelión, ¡bendita palabra! débese la altura moral e intelectual de este obrero sucesor de los sudras, de los ilotas, de los parias, de los esclavos, de los siervos, de los villanos, de... del producto de todo un pasado de animalidad y de ignorancia.

Benditos aquellos ilotas que resistieron en el monte Hotomeo, por diez años, las fuerzas de los hombres libres que Esparta les mandaba; bendito Etnio, que a la cabeza de un rebaño de esclavos mata al tirano Damófilo y sucumbe prefiriendo la muerte a la esclavitud; bendito mil veces aquel héroe, aquel sublime gladiador, Espartaco. terror de la opulenta y soberbia Roma y cabeza de una humanidad escarnecida, despreciada, que al pagar con sangre y fuego tal escarnio y desprecio, pagaba con la única cosa que podía y debía.

¿Qué ha de hacerse cuando el esclavo no tiene ni la suficiente instrucción, ni la suficiente libertad para combatir en el terreno de las teorías y cuando el amor reúne demasiado egoísmo para dejarse vencer? En este caso la fuerza es la suprema lógica.

Y pasaron años y el esclavo volvióse siervo; de nuevo se rebela y fué villano, se rebela el villano después y el villano tornóse obrero, volverá a rebelarse y... y dicen que la religión mejoró las condiciones del hombre. Veremos, veremos.

nuevas relaciones vuelven a perfeccionar al hombre. De suerte que los hombres de ayer formaron la sociedad de hoy, ésta nos forma a nosotros, que formaremos nueva sociedad y ella a su vez formará nuevos hombres.

Nosotros somos mejores que los hombres pasados, los hombres venideros serán mejores que los presentes; nuestra sociedad es mejor que la sociedad que fué, la sociedad futura será mejor que la actual, ella formará nuevos hombres perfectos aún y aquellos hombres... lo infinito,, lo infinito.

En el mundo todo es relativo y todo es bueno o malo comparándolo con otra cosa mejor o peor. El hombre es malo si se le compara con una doctrina buena y es bueno comparándolo con una idea mala.

Todas las doctrinas al recibirse han sido buenas, porque se conciben para una humanidad que llega, y la doctrina es buena, no por serlo, sino por la maldad o imperfección de la humanidad que se va.

Pero las doctrinas, como todo, tienen sus épocas y lo que ayer era magnífico comparado con otro hombre, hoy lo hallaremos defectuoso en grado superlativo si lo comparamos con el hombre moderno.

Querer que una doctrina sea buena siempre, es querer el estacionamiento de la intelectualidad humana, es querer renegar de nuestra propia perfección, u otra cosa, que la doctrina sea obra de un ser sobrenatural, de un ser perfecto, lo que no cree ningún hombre de mediana cultura científica.

¿Qué es la doctrina más perfecta de todas las doctrinas pasadas comparándola con las concepciones del más perfecto de los hombres de hoy?

¡Ay! que sólo es un pedazo de metal cualquiera puesto al lado de un limpio diamante. Y la doctrina pasada fué obra del hombre más perfecto de su época. ¡Y no hemos de creer en la evolución intelectual; en la imperfección moral de todas las religiones; en la injusticia social de todas ellas!

La religión y el capitalismo como complemento.

VIII

Los que ven peligrar sus capitales por esos avances del socialismo, y los religiosos que no son menos potentados también los ven peligrar, consuélanse y procuran engañarse a sí propios diciendo que la cuestión social es tan eterna, como eterna es la desigualdad económica. Sus medidas ante la tempestad que se avecina consisten en decir que si tantos siglos tiene de existencia este problema bien puede estar otros tantos sin resolver mientras ellos gozan de los beneficios que les proporciona una ley a su favor elaborada.

Son tan obtusos estos capitalistas con sus sabios al frente, que no saben distinguir lo que distingue el más ignorante de los obreros. No comprenden que siempre han ido unidos Dios y Capital y que el primero ha servido de encubridor al segundo.

Dios no fué creado al objeto de servir los intereses de una clase;

de toda religión, y al comprender esto comprende también que moral surgida por el espanto no puede ser la moral propia del hombre. Y tanto es cierto este origen de la moral religiosa, que para hacer duradera aquella bondad precisa más recordar con frecuencia las penas que esperan al ser malo, que la misma belleza de la bondad. Así, ésta, no resulta buena, no resulta bella, ya que sólo es una consecuencia del egoísmo que se apodera de nosotros ante la idea de un gozo eterno que nos proporcionará la divinidad, caso de que lo merezcamos.

Si fuéramos religiosos sentiríamos pena al pensar la pequeñez de nuestra moral.

Una bondad que no surja de la belleza propia, de la belleza de hacer bien, del gozo moral que nos proporciona ser buenos, no ha de ser la moral propia del ser más perfecto de los seres.

Por otra parte, el hombre ha podido convencerse de que es bueno independientemente de toda idea religiosa. Jamás la humanidad ha sido menos creyente que ahora y sin embargo jamás ha sido mejor. En el organismo humano persiste la bondad aun no persistiendo la idea religiosa. Lo demuestra el haberse visto a religiosos ser malos en grado superlativo: luego la bondad es un fenómeno independiente de todo conocimiento divino.

Y si la bondad no es propia de la religión, que no es, y si de circunstancias nativas y sociales, todas sujetas al medio ambiente, es decir, si no es un don del cielo y sí un fenómeno social y orgánico, cae por falta de base toda moral religiosa.

El hombre que siendo ateo sea bueno no puede haber adquirido el hábito de la bondad de sus ideas sobre las cosas divinas. Es indudable, pues, que existe una bondad, y la bondad más perfecta, extra de la religión; y si tal existe, precisa convenir que ha de haber una causa que caracterice más bellamente a la moral humana.

VII

No hay instituciones buenas si no lo son los hombres que las defienden. Estos dan carácter a las ideas que formulan y si los hombres están llenos de defectos, defectuosas serán todas las ideas que conciben. Así, al perfeccionarse la humanidad, ha perfeccionado su modo de vivir.

Este asunto se asemeja al de la evolución.

Se forjan las revoluciones en el seno de las tiranías, se purifican y viene después la evolución, que no ha permitido la tiranía enderracada, a ser una consecuencia de la fuerza.

Pasan dos, tres generaciones, y aquella misma evolución háse convertido en tiranía, parte por el estacionamiento de los que han logrado alcanzar puestos buenos, parte por el alcance de los que sufren, y llega otra vez la revolución a ser causa de nuevas evoluciones y así hasta siempre.

Al perfeccionarse el hombre, perfecciona sus relaciones, y estas

II

La religión ha sido y es muy pretenciosa. Siempre ha querido para sí glorias que pertenecen exclusivamente a la filosofía.

Pretende ser el vehículo que conduce al hombre hacia la felicidad, y es la que con sus anacronismos más ha retardado el día de su llegada.

No vamos a discutir si la felicidad se halla al lado de la razón o si se halla del lado de la fe. Discutido está y segurísimo que los lectores de este folleto han dado ya su parecer en asunto tan primordial y que lo han dado a favor de que el raciocinio y la investigación son los mayores amigos que tiene la dicha humana.

Conformes en que los tiempos presentes, tiempos de positivismo y de duda, no son tiempos felices, pero mayor infelicidad hallaremos cuanto mayor sea la distancia que nos separe de hoy y cuanto más sean los grados de fe de los pueblos pasados y de sus señores.

Días crueles para la humanidad y para la ciencia, aquellos días en que la fe armaba el brazo de las muchedumbres o de los tribunales para descargarlos sobre las cabezas lo suficiente dignas y perfectas para poder pensar.

Ser feliz pensando en las futuras eternidades de bienandanza, es ser feliz a costa de la más hermosa cualidad humana; es sacrificarse y vivir haciendo creer y creyendo que se goza en el sacrificio en aras de una dicha que no existe; es ahogar la inteligencia con una ilusión; es, en fin, atrofiar el pensamiento para que no piense en la infelicidad del que es feliz por fuerza, sin ninguna satisfacción ni siquiera moral; porque las satisfacciones morales son las que nos llegan de ser útiles a la humanidad, y poco útil es a ella el que nada hace para dignificar la personalidad humana y para rodearla de todas las comodidades que la ciencia brinda de consuno.

Para nosotros y para casi todo el que esté medianamente instruido, no admite duda que la razón ha hecho al hombre sumo bien/enseñándole la falsedad en que vivía cuando estimaba que se ha de padecer aquí para mayor gozar allá, es decir, para padecer siempre, porque nada hay después de la vida material.

La razón hálo sacado de esta felicidad aparente que consistía en ser feliz, no por serlo, sino por creer que lo sería. La razón hálo dignificado inculcándole la tolerancia, el deseo de ensanchar sus satisfacciones materiales, la idea de que la dicha consiste en aspirar a ser digno e instruido, en tener derechos, en ser grande, potente, en poner bajo su voluntad las fuerzas naturales.

He aquí los frutos de esta razón, tan despreciada por todas las religiones, porque todas, al admitir existencia sobrenatural, han de basarse en la fe.

Y si la razón es la que conduce al hombre hacia la felicidad, las instituciones y las doctrinas que a la razón se oponen son las que retardan la fecha en la cual la humanidad sólo por la razón obrará y sólo a las demostraciones científicas dará valor.

Llegarán estos tiempos y llegarán tanto por la virtualidad de la fuerza como por la de la evolución; tanto por la revolución intelectual. Vendrán días felices, pero vendrán arrollando todas las ideas y todas las instituciones que buscan la felicidad por la abdicación del pensamiento.

Es el progreso quien lleva al hombre dosis de felicidad, y el progreso es un producto de las víctimas de la religión y de todos los poderes autocráticos que ya pasaron para no volver jamás.

Que hable Sócrates, acusado de irreligioso y condenado a beber la cicuta; que hable Jesucristo, por irreligioso calumniado; que hable Savonarola, condenado a la hoguera por antirreligioso; que hable Huss, condenado al fuego por hereje; que hable Galileo, aplicado al tormento por afirmar la movilidad de la tierra; que hable Campanella, encerrado veintiséis años en un calabozo y martirizado cruelmente por sus heréticas doctrinas respecto a la multiplicidad de los mundos; que hable... ¿a qué continuar si lo más sano del mundo ha sido víctima de los poderes religiosos? ¡Y la religión nos hará felices!

III

Parécenos haber demostrado que las circunstancias del hombre se mejoran: primero, por la ley de perfección que en sí lleva la materia organizada, y segundo, por los actos de fuerza a que da lugar la concepción de doctrinas siempre más perfectas cuanto más modernas, y siempre más liberales cuanto más últimamente las concibió el cerebro del ser hasta hoy el más perfecto.

De manera que si aquella ley de la materia organizada es causa de la evolución intelectual, ésta lo es de la revolución material y ambas forman la gran obra del progreso en todas sus manifestaciones. Y digo en todas sus manifestaciones, porque las ideas políticas de un siglo están siempre en relación con los adelantos científicos de la misma época y hasta con los sentimientos de la propia generación, a no ser que en la humanidad se hayan roto las leyes de armonía que lo presiden todo y que por un momento pueden alterarse, como por un momento se alteran las leyes de gravedad en los cuerpos cuando actúa en ellos una fuerza extraña. Pasa la influencia de esta fuerza allá en la materia y pasa la causa de aquel desequilibrio aquí en el hombre, y el mundo continúa inmutable su obra de perfección infinita.

Ahora bien: ¿qué ha hecho la religión ante la evolución intelectual? Vejarla, oprimirla, escarnecerla en la persona de los más grandes genios.

La evolución intelectual ha sido la causa de todos los adelantos que la humanidad ha realizado; nadie puede dudar de que estos adelantos han venido a mejorar las condiciones del hombre así física como intelectuales y morales, y si la religión ha ejecutado enormes injusticias para impedir que aquella evolución de la filosofía y de la ciencia se realizara la religión nada ha hecho en bien del mejora-

El humano ser necesita sentimientos que estén en relación con sus ideas y consume teorías y más teorías en su marcha hacia la perfección. De manera que siendo el progreso una ley inmutable, por más que no reconozcan esta inmutabilidad las clases que dentro del progreso no hallan condiciones asimilables, las doctrinas que sirvieron al hombre de otros tiempos no sirven al hombre de hoy.

Las modernas teorías evolucionistas demuestran la incesante modificación que se opera en la escultura humana, tanto, que ni el cuerpo ni el cerebro del hombre actual es lo que era el cerebro y el cuerpo del hombre pasado.

El cuerpo de hoy es a propósito para funciones que son propias de nuestros días y la estructura actual del cerebro permite la concepción de ideas exclusivas de nuestro modo de ser.

Las ideas, así políticas como religiosas, concebidas dos o tres siglos atrás, no hallan inteligencias a propósito para sustentarlas ni elemento intelectual para mantenerse dos o tres siglos después, y así a cada siglo pertenecen nuevas ideas y hasta nueva moral.

Con tener en Cristo su origen la religión cristiana, dado como cierta la existencia de tal reformador y dado por cierto, también, que el cristianismo fuera en sus primeros tiempos lo que creemos todos, la religión cristiana, como toda idea, ha rendido tributo a lo que en historia natural se llama selección, agregando y separando de sí, por la fuerza del progreso o por la evolución intelectual de sus filósofos, máximas, preceptos y costumbres.

No quiere esto decir que la religión haya seguido al hombre hasta nuestros días. Fué progreso el cristianismo en sus principios, cuando fué mártir. Dejó de serlo el día que Constantino abrazó la cruz y se convirtió en verdugo cuando se inició su decadencia, precisamente en los reformadores, después de su dominio universal. Desde entonces es un cuerpo asido al carro del progreso, pero con menos influencia cada día en la marcha del vehículo que nos conduce a la perfección por la ley misma de que hemos hablado.

Y el sentimiento religioso no es necesario para el embellecimiento del hombre.

Poco a poco la ciencia y la filosofía hánse apoderado de la inteligencia humana y todo lo que ellas han ganado lo ha perdido la religión, y no por eso el hombre es peor.

Tiempo hubo en que el ser humano habíase creído bueno única y exclusivamente por los efectos que en él causaban las ideas religiosas y hasta supuso que no podía haber moral donde no hubiera religión y en esta creencia la consideraban como creadora de todas las virtudes. Pero nacieron hombres pensadores que pusieron bajo el dominio de su poderosa inteligencia a las ideas fundamentales de toda moral religiosa y hallaron en ella, a más de que la sangre que causaba a la humanidad era excesivamente superior a los beneficios, los grandísimos defectos para ser impulsadora del hombre hacia la práctica de las bellezas morales. El hombre actual comprende que la bondad religiosa surge del temor al castigo que inculca el ministro

de las inteligencias y a la dirección de las sociedades, lo dan a entender todos sus actos.

Convencida de que es indispensable para el logro de sus fines modificar las ideas sustentadas en los cerebros del hombre moderno y creyendo que aquéllas nos llegan de la educación, ya que son los religiosos lo suficiente expertos por haber perdido la fe en las ideas innatas y no lo suficiente científicos para comprender la influencia del medio ambiente, a la educación se han dirigido y de ella esperan grandes resultados.

Tienen astucia, mucha astucia, y tienen poder aunque no tanto como comúnmente se cree, y con sus grandes recursos logran hacerse con la voluntad del rico, por medio del lujo y de la comodidad, medio puramente humano y materialista en grado sumo y que demuestra cómo marcha la fe en unos y en otros. Pero bueno, así anda el mundo y lo que quiere la religión es apropiarse de la enseñanza aunque sea con armas tan mundanas. Es la defensa de sus intereses y la defensa es legítima.

Queda el pobre, el ser tan trabajado por las ideas destructoras y disolventes.

No se puede alucinar al pobre con palacios suntuosos, porque no tiene con qué sufragar los gastos que supone la concurrencia en tales sitios, pero la religión ha hallado medios también para hacer llegar hasta sus garras los hijos de aquellos que los expulsaron y combatieron, y estos medios consisten en explotar y empobrecer las naciones para que reine por doquier la miseria y tengan que sucumbir por ella los que no quieren hacerlo por la persuasión y el artificio. Cuando el hambre reina, reina para el pobre, y cuando no hay para alimentar al cuerpo tampoco hay para alimentar el cerebro y nosotros lo alimentaremos gratis. Esto han dicho las religiones y esto practican. Pero seamos sinceros; el efecto apetecido no surte del todo.

Sea como fuere, los medios de que se vale la religión para apoderarse de las inteligencias son medios santos: el lujo en unos, la miseria en otros. No confían en la virtualidad de la religión; confían en la fuerza de la necesidad y en la satisfacción de los sentidos. Dad al hombre vida independiente y libre, y veréis desaparecer esta fantasma que tanto asusta a las naturalezas débiles y a las personas no penetradas de la verdadera estabilidad de las instituciones.

A falta de otras, nuestras armas han de ser la actividad y el valor.

El fuerte y el mejor bien dispuesto vence siempre en las luchas humanas y nosotros venceremos. Hay una ley que nos dará la victoria.

VI

Los mismos medios que para mantenerse emplea la religión demuestra que la religión se va, y se comprende perfectamente. Las religiones positivas no están a la altura moral que alcanza el hombre actualmente.

nimiento humano; antes al contrario, hálo retardado tanto como sus fuerzas se lo han permitido.

Los intereses creados a nombre de un ser humano, sea éste quien fuera, hacen al hombre egoísta. Esta cualidad de nuestro organismo ha hecho necesario los actos de fuerza para toda reforma que venga a alterar el modo de ser de la sociedad, puesto que los beneficios particulares que reportan a un hombre el establecimiento de ésta o aquella ley, hacen de aquel hombre un tenaz defensor de la misma. Será la revolución una necesidad brutal, pero es una necesidad al fin y hay que sujetarse a las necesidades de nuestra naturaleza.

La economía animal da al ser humano un producto de energías que necesariamente han de ser consumidas hoy, ya en las luchas del cuerpo, en el trabajo muscular; ya en las luchas del cerebro, en el trabajo intelectual. Pero este consumo es más o menos importante según esté de asistida la naturaleza humana y según estén de repuestas estas mismas fuerzas gastadas en las necesidades de la vida.

Así, un hombre que gaste seis de sus energías y las condiciones que le rodean sólo le dejen reponer cinco, este hombre decaerá y no podrá dar ni en el trabajo del cuerpo ni en el del cerebro todo lo que su naturaleza podría.

Las revoluciones son siempre un gasto de energías, tanto del cerebro como del cuerpo, y si la naturaleza humana no está bien asistida, las revoluciones, necesarias por nuestro egoísmo, no podrán realizarse y así el progreso carecerá de su más indispensable factor. Pues bien; las religiones, que siempre han tendido al empobrecimiento del pueblo y que aun hoy trabajan para que este pueblo yazga en la anemia, en la impotencia y que desgraciadamente en parte lo logran con sus inmensos recursos, son las que dificultan el bienestar humano.

Véase, pues, que la religión es un obstáculo tanto para la evolución intelectual como para la revolución material; lo es, pues, para el progreso, para la felicidad humana.

A pesar de todo, el mundo ha marchado, llegando hasta el problema de la igualdad, hasta la cuestión social que hoy se debate.

IV

Ya hemos dicho que la cuestión social no es cuestión de hambre, es una cuestión de derechos, mejor dicho, de libertad. El problema social sólo existe desde que existe el socialismo, esto es, un partido que aspira a la transformación social.

Si sólo los hambrientos fueran socialistas la cuestión social quedaría resuelta con acallar los ayes del estómago y éstos se acallan con pan y palo. Pero la mayoría de los soldados que forman el ejército socialista, digo socialista porque dentro del socialismo se comprende a todos los adversarios de la actual sociedad, tienen una aspiración más generosa y menos material; aspiran a la emancipación humana, a la igualdad de medios para vivir.

El Papa, que desconoce todo esto, o que si lo conoce no lo demuestra, da reglas en forma de encíclicas para la buena solución de un asunto que no la tendrá mientras el papado exista. Como desconoce la hondura del mal que quiere sanar, no da o quiere no dar con el remedio y así se agita en el vacío sin que sus consejos ni sus mandatos alcancen influencia dentro del asunto que cree intervenir con buen pie y fructíferos resultados.

En síntesis, todas las recetas que el jefe visible de la Iglesia católica extiende para la curación de una enfermedad que, lejos de extinguirse, cada día alcanza más proporciones, se reducen a la caridad de los de arriba y a la resignación de los de abajo.

Como los consejos del Papa tienen fuerza ejecutiva entre los católicos, ya ninguno de los que comulgan dentro del catolicismo tiene nada de superfluo, ni lo tiene el mismo vicario de Cristo lo que es más hermoso y admirable.

¡Caridad, caridad! exclama el Papa desde su prisión de oro, no, desde la mezquina choza do yace en lecho durísimo para alcanzarlo más blando allá en el otro mundo, y efectivamente, con una caridad evangélica, va llevando los millones al Banco de Londres. Y los cardenales y los arzobispos, dando ejemplo de una humildad que encanta y de una abnegación que admira, ni tienen trenes, ni palacios, ni un hormigueo de criados, y es porque habiendo comprendido todos, como el Papa lo ha comprendido, que con la caridad se resuelve este pavoroso problema social, a fin de evitar días de lágrimas y de sangre, restituyen a la humanidad desgraciada por ser hereje, lo que una humanidad feliz, por ser creyente, les había condonado. ¡Bendito el heroísmo de la religión! ¡Bendita la grandeza de la humanidad religiosa!

Y la labor santa que ejecutan los ministros de la religión católica, la realizan los ministros de las otras religiones; pero no como un consejo del Papa, que no reconocen la autoridad papal, sino como un grito de su conciencia, grito despertado por los lamentos de aquella plebe anémica, febril y harapienta de Londres, de Bombay, de Atenas, de Constantinopla y de Pekín. En efecto, ni llevan sandalias de seda y oro, ni en sus vestidos piedras preciosas, ni en sus útiles empleado el oro y la plata. Todo, todo lo han fundido y hecho moneda, que han distribuido entre los míseros para que acallaran los gritos de hambre de sus pequeños. ¿Qué hacía allí tanto tesoro? Nada; aquí enjuga lágrimas, arrebató besos, extiende la alegría. ¡Alabados sean los ministros de todas las religiones!

Y lo que puede el sentimiento religioso. Los grandes de aquí y de allá, que todos son muy católicos y muy protestantes y muy cismáticos y muy mahometanos y muy confucios, tomando el ejemplo de los representantes de aquel Dios que tanto adoran, han repartido entre los necesitados todos sus tesoros y sus haciendas y sus créditos.

Lo que puede la creencia de Dios y lo que puede la religión dentro de la cuestión social. Esto por lo que se refiere a la caridad aconsejada en unos; veremos cómo anda la resignación de los otros.

Desde el día que el hombre se preocupó de su existencia material, peligrosaron los intereses creados a nombre de la espiritualidad, y peligrosaron también las instituciones que del espiritualismo viven. Aquella sumisión a los mandatos y exhortaciones del sacerdocio como venidos de los representantes que en la tierra tiene aquel Dios que nos espera en el cielo para recompensarnos con creces los sufrimientos materiales padecidos en vida, sufrió menoscabo, y ya en la pendiente de la desobediencia, el hombre ha recorrido todo el trayecto hasta llegar a la negación de lo absoluto.

Vino la filosofía a quebrantar aquella regla que seguían los cerebros de obedecer y creer ciegamente las cosas que le enseñaban como a causas y misterios de un ser sobrenatural, y la obra de la fe religiosa se desmoronó como un débil castillo de naipes. El análisis, la investigación y la duda lo inundó todo, hasta la misma Iglesia, por interés propio obligada a mantener la fe y el misterio.

Por eso hoy el hombre se ocupa directamente de la suerte que cabe a su materia y hasta aquellas personas que más se preocupan de lo que creen su alma, gastan algo de su actividad mejorando sus condiciones materiales muchas veces en menoscabo de sus creencias inmateriales.

Los pueblos huyen de la contemplación divina, confabulándose para mejorar su personalidad humana, y así desobedecen los mandatos de unos hombres a quienes no han de obedecer, entre mil razones, porque aconsejan la pobreza en medio de la opulencia, labor sumamente fácil y cómoda.

Filtrado ya en el cerebro humano el virus de la desobediencia y de la rebeldía, las religiones han perdido toda su influencia para resolver, en méritos de su representación divina, los problemas que afectan a la naturaleza humana.

Nadie hace caso de sus exhortaciones y cuando el Papa aconseja la caridad, los ricos calculan su fortuna y la fortuna del Papa y cuando el vicario de Cristo grita: ¡pobres, resignaos! los pobres contestan con el hermoso grito de ¡viva la igualdad!

Influencia nula la del partido obrero católico y la de los centros católicos dentro de la cuestión social. Podrán pertenecer a estas entidades considerable número de obreros honorarios, auténticos muy pocos, y aun será por medio de la tiranía económica, no porque el obrero se haya convencido de la ineficacia de la doctrina; es decir, no por medios que afectan a su espiritualidad, sino por medios que afectan a su existencia material.

Sólo de una manera puede alcanzar la religión la influencia que perdió, y es volviendo las inteligencias en aquellos tiempos que no discurrían para ofender a Dios y para no perturbar su tranquilidad de espíritu, y esto es perfectamente imposible.

Que así no lo comprende la religión que aspira aun al dominio

La vida y los libros •

«LOS FUNDAMENTOS DE LA CIENCIA ECONOMICA MODERNA»

por C. Viterbo

EL problema económico es considerado con atención especial por parte de todos los que se ocupan de los problemas sociales. Siempre ha sido así, pero hoy más que nunca.

No hay escuela que pueda descartar este tema. No debe haber organismo que no disponga de los documentos indispensables para referirse a ellos cada vez que deba pronunciarse sobre la producción, sobre el consumo, sobre la población, los salarios o, simplemente, sobre el bienestar de la humanidad. Ningún hombre, si quiere opinar con certeza, debe ignorar la relación y el desarrollo de la economía con el estado de cosas que componen y circundan la sociedad.

Menospreciar esta rama de la sociología es gran desdoro para ésta y para el que desprecia. Diremos que una cosa es tratado de economía y otra muy distinta es política económica. Aunque muchos lo confundan.

La economía pura debe conocerse por todo el mundo, sin perjuicio de que cada uno continúe con su propia política.

Dice Viterbo que la economía es la ciencia de los medios; la política económica es la ciencia de los fines. Y nada decimos de las nociones de economía estática y dinámica. Esta última comprende las crisis periódicas, llamadas ciclos.

El valor de un hombre no está en su epidermis, para que debamos tocarlo.

—o—

Hay hombres jóvenes que han cesado de ser jóvenes, pues llegan a la conclusión de que lo más seguro es seguir el camino trillado de las profesiones conformistas.

—o—

Por todas partes en el pueblo cuelgan señales para atraer al transeunte: algunas para agarrarlo por el apetito, tales como en las tabernas y las bodegas con vituallas; otras por la imaginación, como en las tiendas de telas y joyerías, y otras por los cabellos, o los pies, o los faldones, como lo hacen el barbero, el zapatero o el sastre. Además, hay una invitación más terrible y constante, la de entrar en cuarquier casa donde la compañía es siempre esperada. En general he escapado milagrosamente a todos esos peligros, fijando mis pensamientos en cosas elevadas, como Orfeo, quien «cantando en voz alta con su lira, ahogó las voces de las sirenas y se libró del peligro».

Selección de V. Muñoz.

Con la primera estudiamos la economía tal como es; con la segunda, tal como se quiere que sea. Por ejemplo: las medidas que se toman para favorecer el comercio, ya sea con subvenciones, ya con exoneración de tasas, etc., o aquellas otras que por el contrario lo impeditan, como las aduanas, son más bien aspectos de política económica, hija de la propiedad, los nacionalismos y los proteccionismos, que de ciencia económica en su acepción intrínseca. No es, pues, «Los Fundamentos de la Ciencia Económica Moderna» tratado de economía socialista, como algunos lectores habrán podido deducir. No obstante, emite conceptos valiosos, indispensables para el que quiera profundizar en conocimientos de este orden.

No estamos de acuerdo con él cuando afirma que el concepto más importante para la economía política es el rédito social real neto. Este concepto estará de acuerdo con la realidad especulativa, pero hoy, que lo político se compone de ocho novenas partes de social, el concepto más importante para la economía política debe ser la armonía entre producción y consumo, y las cajas de compensación para las explotaciones deficientes, aunque necesarias, más un poder de adquisición equitativo e inalterable.

Claro que, su concepto queda atenuado más adelante cuando dice: Es el flujo que interviene considerando los bienes que se destruyen y los bienes durables que se han producido en el mismo tiempo.

Y no estamos de acuerdo, en absoluto, cuando afirma que el político representa al alto o el bajo de los salarios con criterios extraeconómicos.

Hablar de economía, fundamentarla en la solvabilidad y venta, sin tener en cuenta el poder de compra, es tanto como querer escribir sin papel ni tinta.

El flujo y reflujo del poder de compra resulta tan calamitoso como las propias intemperies para la economía agrícola.

El libro es interesantísimo porque pasa en revista las diferentes escuelas de la historia económica. Dice que la política económica de Marx presupone la obra de economía pura, de Ricardo, de la cual se pronuncia con simpatía.

Como ciencia, la economía confina con la sociología. La primera sigue a la segunda. Con la diferencia de que en la sociología domina el concepto de bienestar y no el valor como en la economía.

Viene a nuestro campo cuando dice que en realidad la solución de los problemas económicos de alcance social — ¿hay alguno que no lo tenga? — exige el estudio de la sociología.

Viterbo, aun declarándose economista puro, no puede evitar de emitir conceptos socialistas: Así, un hombre, tan buen médico como cirujano, puede que se dedique a la clínica por ser los demás inferiores a él en esta especialidad.

Menciona las teorías de Aristóteles, sin utilidad marcada para nuestros días.

Estudia el papel que juega el intercambio, el comercio y la moneda, ésta como signo representativo de riquezas pero no una riqueza en sí.

Admite también que el papel que juega la moneda en el individuo es diferente al que juega para con el Estado.

El mercantilismo, que significa riqueza basada en el oro, empieza en el siglo VI. La historia económica también, por los escritores ingleses Moon, Temple, Child, conocidos con el nombre de mercantilistas. Esta teoría dura doce siglos.

Para Viterbo, desde luego, son conceptos falsos.

En el siglo XVIII surge el sistema denominado fisiócrata, fundamentado en la tabla económica de Quesnay. Sus más altos defensores, dice el autor, fueron Mirabeau y Turgot.

Según éstos, no hay más riquezas que las materias primas.

La economía, como ciencia, empieza a admitirse hacia 1780 con R. Cantillon y Adam Smith, cuyas teorías fueron desarrolladas más tarde por David Ricardo, economista de fama mundial que todavía no la ha perdido.

La tierra, dice Smith, no es la única fuente de riquezas. Cuenta el tiempo que transcurre y el esfuerzo que se hace.

Ricardo, no obstante, más sociólogo, si no socialista, dice que el verdadero valor de una cosa radica en el trabajo.

Esta teoría es difundida en Inglaterra por S. Mill. Al mismo tiempo en Alemania surge la Escuela dicha Histórica que pretendía poder compendiar y fundir todas las teorías. En ellas encontramos a Liszt y Schomoller.

En Losana, la Escuela Matemática con Wallras.

Viterbo divide las necesidades en dos clases: primarias y secundarias.

Se llaman primarias el calor, el frío, el hambre y la sed.

Secundarias son las del placer y los goces estéticos superiores.

DE LOS BIENES Y DEL VALOR

Los bienes económicos se dividen en directos e indirectos y, dice, son aquellos que sólo existen en cantidades limitadas e inferiores a las necesidades.

El aire, por ejemplo, aun siendo sumamente útil, no es un bien económico porque se encuentra en la naturaleza en cantidad superior a la necesaria.

Da nociones de física elemental muy interesantes; el principio de física clásica, según la cual nada se crea ni destruye, ha dejado de tener valor desde que se conoce el átomo.

La teoría del valor ha cambiado muchas veces según la escuela y la época, sustituyéndose y volviéndose a sustituir el de «utilidad total» por el de «grado final de utilidad» y éste por el de «cambio», haciendo entre los tres ciclo infernal.

En todo caso, mientras exista el mercado de la libre concurrencia, el valor de una mercancía será ficticio porque dependerá de la cantidad de vendedores y compradores, de las condiciones del mercado y del monopolio que pueda ejercerse por otras fuerzas.

Dos aspectos intrínsecos son también el tiempo y la deterioración.

Su síntesis es el equilibrio, caro a Wallras.

Continuando dentro de la economía especulativa, recalca la importancia de la disminución de precios. Llega a deducciones condenatorias del sistema capitalista, que a todos los sociólogos debe interesar.

Explica cómo un industrial puede obtener ventajas y beneficios produciendo menos, sobre todo, si ejerce monopolio.

Esta es la razón, dice, por qué el monopolio es dañino.

Los sistemas y las escuelas obtienen diferente resultado según se apliquen al mercado interior o internacional.

Enseña el nacimiento y el papel que juega el oro, los billetes y el «plus-valor» que se relacionan con la función de la moneda.

El ahorro tiene un fin, la mayor parte de las veces de consecuencias miserables y esclavistas, que una sociedad bien ordenada acabaría. Pero mientras ésta no garantice las necesidades del individuo difícilmente cesará el espíritu de ahorro, base de cien egoísmos.

Termina pronunciándose a favor del trabajo, como fundamento esencial de economía.

Tema largo que valdría extenderse en consideraciones y conclusiones a sacar desde nuestro ángulo de visión, pues la economía debe ser racionalista y no competitiva; planificada y no casual; utilitaria, purificada de todo lo superfluo; prioritaria, según las necesidades; distributiva, como en su origen fué el comercio; no especulativa como es ahora con el comerciante, el usurero, que prostituye la función, la materia y los fines.

— * —

« EL JARDINERO ESPAÑOL »

por A. J. Cronin

NO te apresures, lector amigo, a enjuiciar el libro por las deducciones que te sugiere el título. «El jardinero español» no es un tratado de horticultura ni se refiere a la mejor manera de sembrar ajos. Es una novela rica en personajes y contrastes. Principalmente en la persona de Brande, cónsul de oficio, poseedor de mucho dinero pero provisto de más ambición, que quisiera hacer de su hijo un objeto en el que hasta la naturaleza debía ejercer su influencia a través del padre.

Intervienen, además de Harrington Brande y su hijo Nicolás, un médico, un cura, un personaje ruin llamado García y el jardinero español llamado José. Tiene por tema central la preocupación del cónsul por la salud de Nicolás y el ascenso de grado en el cuerpo consular.

Queriendo ser buen padre le agradó obtener un puesto cuya residencia encuentra confortable y sana: grandes jardines, aromas sin par... todo lo que quería para satisfacer las necesidades de su hijo, raquílico.

El debía regir todas las minucias de la vida de Nicolás. cada noche, antes de irse a dormir leían historia natural. Precisamente la noche en que empieza la narración les tocó estudiar la vida del avestruz, en cuya especie de aves, el macho cuida de la cría. Brande era divorciado, acontecimiento que le satisfizo, por la ocasión que se le ofrecía para ocuparse enteramente de su hijo.

Mas, cuando se enteró que ese papel, que él creía único en la vida, se llevaba a cabo con naturalidad por el avestruz, resintió dos sensaciones distintas: una, de simpatía hacia el animal por obrar con el paternalismo que él deseaba para sí, y otra, de fastidio ante la posibilidad de que se le pudiese comparar con el avestruz.

Brande era la cantidad en forma de cónsul. No podía ver con buenos ojos a José, el jardinero, porque éste no usaba de más mímica que la natural. Sin embargo apreciaba a

He aquí nuestra **LUISA MICHEL**

POETA

— IV y último —

REGRESO DE DEPORTACION



En 1881, a raíz de la amnistía promulgada por el gobierno, L. Michel regresó a Francia. Traía consigo una buena dosis de experiencias vividas, pues en el curso de su largo cautiverio se había dado cuenta de la abominable influencia que ejercía la autoridad sobre los hombres, presos o guardianes, víctimas o victimarios, ya que la degradación humana era igual en quienes ejercían la autoridad, que en quienes la soportaban. Las mismas causas producían idénticos efectos. Su espíritu se hallaba transportado por un ardiente deseo

García por lo que de Tenardier tenía éste: zalamero, hipócrita, pero halagador asiduo del amo.

Nicolás, por el contrario, simpatizaba con José y temía a García. Por la noche, cada vez que pensaba en éste le provocaba terror y no podía dormir.

La sonrisa franca de José, la destreza con la que se envolvía en cada acción que se proponía: en la calle, en casa, en el trabajo, en los juegos, contribuía a aumentar su admiración, él que tan poca cosa era y que todo le estaba prohibido.

Brande, que ya no se entendió con su esposa porque quería para sí todo el amor del hijo, veía en José un rival insoportable.

Cuanto más simpatía demostraba hacia su hijo más odio le cogía.

García, que, además de canalla, era inteligente, comprendió la mentalidad de su amo y se lo ganó hasta el punto de hacerse escuchar más que su propio hijo.

Cronin ha escrito también «Llaves del reino», «La ciudadela», «Aventura en dos mundos» y otros. En «El jardinero español» nos demuestra hasta qué punto el hombre puede ser aberrativo cuando se apasiona por una idea determinada.

Brande busca elogios y honores. No hay que dudar de que es sincero al amar a su hijo, pero, engreído como es, le odia cada vez que intenta resistir a lo que finalmente resulta ser capricho paterno.

¡Cuán compleja es la psicosis humana!

Por escuchar a García, el cónsul admite que su hijo le miente y que la amistad con José es interesada.

El amor casi llega a trocarse en odio. Llama a un médico, Halevy, a quien le dice sospechar en la amistad de los dos muchachos relaciones homosexuales. Todo, porque Nicolás no se limitaba a una vida acartonada y deseaba libertad, aire libre, correr, trabajar, sudar, cansarse y descansar... quería hacer todo lo que hacía José, porque, el

de valorizar la libertad. Es en ese estado de ánimo que se integra al «ejército» revolucionario y se da por entero a la acción, al lado de cuantos descubre que aun guardan intacto el espíritu que animó a la Comuna de París. Enteramente ocupada por la preparación de la revolución, se dedica con frenesí a propagar sus ideas entre las masas que acuden presurosas a escuchar su verbo cálido. Su fama de oradora era grande; pero lo que más contribuye a que esas masas se sientan tan compenetradas con ella, es su vida ejemplar, de una pureza acrisolada y sin tacha de ningún género.

Si a la poeta no le queda tiempo para afinar su musa, es en la tribuna, desde la que predica el «nuevo evangelio», que la oradora da rienda suelta a su pasión revolucionaria, poniendo de manifiesto sus dotes de artista y de poeta. Transfigurada por una imaginación desbordante y poseyendo

jardinero, además de no tener los prejuicios de los ricos, era robusto, leal, alegre y solidario.

Halevy, perfecto mercenario, empezó a consultar al niño importándole, sobre todo, de no malquistarse con el cónsul. Que el chico tuviera salud o no era secundario. Su papel no era de curar, sino de encontrar, costase lo que costase, un indicio donde poder fundar que las sospechas de Brande eran ciertas y motivadas.

Había que encontrar la culpabilidad del niño. Más que médico parece un policía a lo Mac Carthy o un jesuita a lo Juan de Navarra.

La encontró, no cabe duda. Sin embargo era falsa. Pero contentó al cónsul, que era su mayor propósito.

Un robo, cometido por García, se lo cargan a José. Interviene el cura, la autoridad, etc., y pasa mil peripecias.

Surge por fin la verdad. Brande se da cuenta de su torpeza: García es una ruindad, el médico es un malvado, Nicolás inocente de todo lo que se le acusa.

Brande rectifica su conducta. Vuelve a vivir con su mujer gracias a la armonía que consigue el hijo. Pero José, el jardinero español, el alma más buena e inteligente, noble y leal, de entre todos los protagonistas, no está allí: ha muerto al fugarse del tren en el que lo conducían preso, acusado formalmente por García — el hombre de confianza del cónsul —, por el médico y por Brande mismo.

Desde el punto de vista social, la novela tiene una gran importancia: es el cónsul — la autoridad reinante —, es Halevy — la ciencia sin conciencia —, es García — la hez de la tierra —, es la policía — al servicio del triptico —, quien manda. Es José, es el jardinero, es el trabajador junto con la infancia — Nicolás —, quienes sufren las consecuencias.

Es la infancia y los trabajadores quienes son asesinados por la autoridad gracias al servicio que le prestan los hombres de «ciencia».

M. CELMA

una sensibilidad extrema, nuestra Luisa da a conocer su pensamiento fecundo, matizando su exposición con multitud de imágenes de una belleza extraordinaria.

Ya no escribe poemas. Ahora es una prosa poética lo que se asocia a sus discursos vengadores y comunicativos, en los que pone de relieve las revoluciones de ayer y propaga las de mañana. A pesar de que es reticente a dejarse idolatrar, al ser tan festejada y aclamada, siente su corazón dilatarse en esa comunicación de amor con los humildes por los que ha sacrificado su bienestar. Se recobra pronto, no obstante, y rechaza los sentimientos que podrían convertirse en idolatría, oponiéndose a que se cultiven. «Nosotros — exclama — no hemos de rendir tributo más que a la Revolución».

Pero otros contratiempos, otras duras pruebas le salen al camino. En ocasión de sufrir una nueva detención, acontece la muerte de su madre, hecho que produce en ella una depresión moral profunda. A pesar de todo tiene aun fuerzas para rechazar la gracia que se le propone. Mas como quiera que, no obstante, la ordenanza que dispone su libertad llega al establecimiento penitenciario, se ve obligada a ceder, al informarle el director que de lo contrario se verá en la obligación de expulsarle de la cárcel.

Los últimos años de su vida los consagró por entero a su apostolado revolucionario. ¡Qué páginas más bellas podrían escribirse sobre esta excelsa mujer, en cuyo espíritu vivió y se afirmó siempre una voluntad inquebrantable de trabajar por la emancipación del proletariado! Es a esa época que corresponde el acto inconsiderado de ese fanatizado por una prensa pusilánime y embustera, que intentó asesinar a nuestra Luisa haciendo fuego sobre ella. Luisa Michel fué a defender a su agresor ante el Tribunal y logró que éste le absolviera. Más aún, llegó a idealizar al bruto salvaje que intentara asesinarla, dedicándole el siguiente poema:

*«Para nosotros este hombre es un antepasado
del tiempo de las cavernas, sumido en la entraña de la selva:
Para juzgarlo sería necesario
ser hombres de su misma época.»*

Algún tiempo después Luisa Michel busca asilo en Inglaterra, para desbaratar un complot que contra ella se trama. Allí prosigue, como siempre, su vida humilde y desinteresada, prestando su ayuda solidaria a los unos y a los otros. Traba amistad con Kropotkin y establece relación con Malatesta, Augusto Hamon, Carlos Malato y algunos otros anarquistas exilados en Londres. Prepara algunas piezas de teatro para la fiesta del «Club Autonomía» y hace lo necesario para que sea representado su drama en verso «Prometeo», visión mítica renovada del titán encadenado en su roca.

Luisa Michel vuelve a Francia en 1890 y da una serie de conferencias. Recorre Holanda con el compañero Cornelissen en 1896 y Francia, con Sebastián Faure, en 1897. Más tarde hace otro tanto en compañía de Ernesto Girault.

Es en Marsella, en un modesto hotel, que murió nuestra Luisa el día 10 de enero de 1905, cuando se hallaba realizando por todo el país un nuevo ciclo de conferencias. En una de las últimas que pronunciara exaltó el despertar de

los pueblos, basándose a tal fin en los movimientos revolucionarios que se dibujaban en Rusia.

«Una gran cantidad de leyendas se han cristalizado en torno a su nombre, y hoy todavía, su potente personalidad, hay muchos que la aureolan de una belleza enigmática. Se ha hecho de ella un símbolo: el de la Bondad» (1).

Quiero todavía citar a Irma Boyer, quien en su libro «La Virgen Roja», ha hecho resaltar de manera extraordinaria toda la psicología que anima la obra de Luisa Michel, artista y poeta. «...Ella no concibe el arte más que como un instrumento al servicio del ideal; el escritor y el artista tienen para ella una misión social a llenar, a la cual deben subordinar la melodía de los versos y la magia de las palabras».

Y en la obra de Luisa Michel se armoniza la belleza de la forma con la sinceridad del pensamiento, todo ello envuelto por el mismo esplendor.

«Genio esencialmente lírico, es sobre todo como poeta y como orador que Luisa Michel merece ser colocada al lado de los más grandes escritores de la literatura francesa» (2).

No podríamos mejor concluir que recurriendo al gran poeta que fué Laurent Tailhade, para poner broche final a este estudio sobre «Luisa Michel, poeta». He aquí lo que, bajo la firma de «Anteuil», con fecha 17 de octubre de 1905, decía Laurent Tailhade:

«Ella componía versos, versos gradilocuentes, torrenciales y románticos. Imitaba la rima de Hugo, no sin incorrecciones y sin proporcionarnos algún descubrimiento.

» Sus poemas, a falta de curiosidades métricas, de fantasía y de arte trascendental, además del recuerdo de su agusta memoria, llevan en sí la suficiente nobleza y grandeza de espíritu como para recoger a su favor todos los sufragios. Que sus voces, sus voces ardientes y sinceras nos consuelen y nos conforten. Que nos enseñen, al ejemplo de la «Buena Luisa» en cada uno de sus discursos, a no amar otra cosa que la verdad, el bien y, a pesar de las adversidades, a no desesperar nunca del ideal.»

Tras estas líneas de verdad y de amor, os dejo meditar, amigos lectores, sobre esta mujer popular a la que Víctor Hugo dedicó los siguientes versos:

*«Los que saben tus versos misteriosos y dulces,
Tus días, tus noches, tus veladas, tus llantos, repartidos
Tu olvido de ti misma por socorrer los otros [a todos,
Tu palabra semejante a las llamas de los apóstoles.»*

Todo ello es bello y simpático y, sobre todo, digno de la «buena Luisa».

HEM DAY

FIN

(Traducción de J. B.).

(1) «Louise Michel», pág. 239, por Irma Boyer.

(2) Página 240 de la misma obra.

LOS ARRAIGADOS



PSIODORO, filósofo cinico, habiendo perdido a la mujer amada, decidió vivir errante, alejado de todo y de todos. Sin otro equipaje que un viejo manto sobre sus hombros y un rústico bastón en la mano, partió. Durante todo el día camino al azar. Cuando tenía hambre, comía lo que encontraba a su alcance. A menudo alguien protestaba, no por tener necesidad de este alimento, sino por pretender ser su propietario. Psicodoro no oía los gritos. A veces el amo de la comida zarrandeaba al cinico que, despertado de su ensueño, golpeaba con el bastón. Pero se acercaban corriendo los esclavos. Se agarraba al audaz que consideraba el hambre como una razón para comer. Se le arrastraba hacia los tribunales. Psicodoro sabía que las orejas de los jueces, tapadas por la estopa de las leyes, no pueden escuchar y, por lo tanto, no respondía a las preguntas que se le hacían. Casi siempre, le dejaban ir, pues creían que estaba loco. Otras veces, lo encerraban algunos días en las cárceles. Al atardecer, Psicodoro se acostaba al mismo tiempo que el sol. Cuando estaba libre, su cama era la cuneta de una carretera o el lecho de un torrente sin agua.

Psicodoro caminó tres años, sin detenerse voluntariamente durante el día y sin pronunciar una palabra. Es probable que sólo veía entre los objetos exteriores, aquellos que eran más extraordinarios y su espíritu los traducía en símbolos de eternidad. Y, cuando las cosas le daban un pensamiento más bello que ellas mismas, cesaba de mirar a las cosas.

Cuando Psicodoro hubo marchado tres años, se encontró en la cúspide de una gran montaña, y miró hacia lo bajo, alrededor de él. Pues ascendían hacia las alturas extraños gritos de querellas que hacían pensar en las ramas de una selva azotada por la tempestad.

El lugar donde se encontraba Psicodoro era singular. La montaña formaba un círculo casi perfecto y su cresta igual no estaba cortada por ninguna garganta. En la profunda llanura circular, unos hombres tan altos como robles se balanceaban locamente, entre vastos clamores.

El cinico descendió hacia aquellos gigantes y vió con asombro que sus pies se hundían en la tierra. Como algunos estaban al borde de un precipicio, vió que cada pie tenía largas y sinuosas raíces. Viendo que aquí había algo verdaderamente nuevo, algo que comprender, Psicodoro se detuvo en este país.

A pesar de su talla gigantesca y de sus desarraigables prolongaciones subterráneas, los habitantes de la llanura eran bien hombres y no árboles. No tenían ramaje, hojas o flores. Su desnudez permitía ver que no estaban cubiertos por corteza, sino con una piel fina y blanca como la de los bárbaros del norte. Tenían una cabeza y dos brazos. Su cuerpo, en su enormidad, era de proporciones armoniosas y sus poses variaban, flexibles y ondulantes como las actitudes de los luchadores. De cuando en cuando, se sentaban. Cuando ano-

checía, solamente sus piernas seguían erguidas como dos troncos gemelos, mientras que el viento del sueño plegaba sus rodillas y los acostaba de espaldas. Pero, además del poder de cambiar de lugar, carecían de otro bien que antaño pareció precioso a Psicodoro; los Arraigados no tenían sexo.

La naturaleza había negado a estos hombres el poder de procrear, porque los había hecho inmortales. El cinico adivinó este privilegio y no se sintió envidioso por ello. Pero se quedó allí, observando y estudiando su lenguaje. Pues una duda lo había hecho ávido por conocer sus pensamientos.

—Quizás son sabios como dioses, y así podrán decirme qué ha sido de mi bien amada y dónde podré quizás encontrarla.

Cuando comprendió algunas de sus palabras, Psicodoro se dió cuenta que la selva era ignorante y grosera como todos los pueblos. Se hizo amigo preferentemente de los Arraigados que el destino había aislado. Pero vió que en éstos era más raro, absurdo como la locura y no como la tontería; y se enorgullecían por sus pensamientos ingeniosos y frágiles.

Sin embargo, Psicodoro no se alejó aún. Pero se dijo:

—Yo tengo la angustia de la duración, del tiempo; ellos tienen la angustia del espacio. Las tonterías y las locuras que dicen sobre el mundo de la extensión corresponden sin duda a nuestros errores sobre el mundo que persiste. El tiempo y el espacio son dos hermanos gemelos semejantes uno a otro. Su padre se llama lo Inmenso y su madre dice: «Yo soy la Eternidad».

Y la sonrisa con la cual escuchaba a los hombres inmóviles era también una crítica para los hombres que marchan.



Pues entre aquellos gigantes que se llamaban a sí mismos de sabios, los había que multiplicaban las negaciones audaces o tímidas, diciendo:

—Nada hay más allá del horizonte.

O bien:

—Tengamos cuidado en no afirmar o negar lo que nuestros sentidos no pueden comprender. ¿La llanura en todo el universo y el muro de las montañas se levanta entre el Ser y la Nada? No tenemos ningún medio para saberlo. No nos ocupemos de lo incognoscible y hagamos metódicamente la ciencia del mundo visible.

Sin embargo, el pueblo creía:

—El sol se levanta en el vacío, pero desciende en la plenitud de otro mundo. Primero nos ilumina. Da luz luego a otros seres. El oriente está desierto. El occidente contiene dos mundos: un país de húmedas delicias en el cual la tierra es generosa y otro país de tormentos y de sequía. En uno, hombres más felices que nosotros hunden sus raíces felices. En otro, los malos sufren, pues la tierra quema y da escaso alimento.

Y el pueblo creía aún:

—Es el mismo sol el que viene todos los días. Después de haber alumbrado el paraíso y el infierno, da un salto brusco, a través de la Nada, por la cima de la montaña oriental.

Algunos hasta sospechaban así:

—Quizás la Nada que atraviesa el sol matinal no es nada, sino un caos, una masa en donde las cosas son indiscernibles, nada en la forma, es cierto, pero en donde la materia se agita inarmónica e infinita.

Pero los sabios audaces rectificaban:

—Nada existe más allá de nuestro propio conocimiento.

Y los sabios cuyo pensamiento es cobarde:

—Solamente podemos conocer lo que conocemos.

Luego unos decían:

—Lo cierto es que...

Y los otros:

—Lo más probable sea que...

Por fin, todos los sabios continuaban, en coro:

—Lo que no tiene raíces no podría durar. El sol que se desplaza, nace y muere como el perro que corre o el pájaro que vuela. Y el sol de hoy es la podredumbre del sol de ayer.

Pero la muchedumbre arraigada se irritaba contra tales palabras. Presentía bien, a pesar de todas sus ignorancias, que el sol no muere cada tarde.

Y Psicodoro pensaba:

—Tu alma, bien amada desaparecida, es un sol que para mí se ha ido, pero que atraviesa otras regiones. Y las duraciones occidentales no son ni eliseas ni infernales, pero difieren poco de los tiempos del Este, y de los tiempos del Norte, y de los tiempos del mediodía.

Y el sabio Psicodoro tuvo una locura. Quiso decir a los Arraigados turbados por la angustia del espacio, la verdad liberadora. Se colocó, cual conferenciante ridículamente pequeño, ante la multitud de los gigantes y gritó:

—Escuchad mi palabra. Yo vengo del otro lado de la montaña y yo sé.

Todos jadeantes escucharon. Y continuó:

—Los límites son apariencias. Más allá de las montañas, la vida continúa, no muy diferente de lo que es aquí.

Psicodoro no comprendió lo que ocurría. Pero el instinto, más pronto y seguro que el pensamiento, lo empujó hacia una carrera desorbitada. Cuando tembloroso miró hacia atrás, vió a toda la selva azotada por un colérico huracán. Los brazos alargados querían atraparlo. Malignos clamores pedían la tortura para el profeta que anunciaba verdades tan sencillas. Y aquellos furiosos gritaban que lo desconocido era la Nada maravillosa o terrorífica.

*

Perseguido por los gritos y por las piedras, Psicodoro corrió hacia la montaña. Logró franquearla, llegando al país donde los hombres marchaban como él y sabían la verdad sobre el espacio próximo. Encontró a dos enanos parecidos a él. Escuchó sus palabras porque hablaban en un dialecto griego que lo emocionó de recuerdos deliciosos. Pero pronto tuvo una risa de dolor intelectual y de desprecio. Pues uno de los hombres decía:

—Después de la muerte, no hay nada.

Y el otro replicaba:

—Después de la muerte, recibimos por nuestras buenas acciones maravillosas recompensas o terribles castigos nos esperan por nuestros crímenes.

Y Psicodoro, refugiado en la sabiduría del silencio, pasó sin tratar de enseñar a estos hombres la sencillez hiriente de la verdad.

HAN RYNER

(Trad. : V. M.).

Vida de CENIT

Los lectores de CENIT responden favorablemente a nuestras llamadas.

No podía ser menos. CENIT cumple un cometido mucho más importante que el de cualquiera de otras revistas con las que pudiera, a simple vista, compararse.

CENIT es el recipiente donde se funda y destila la esencia y el espíritu del anarquismo español.

CENIT es fiel reflejo de la historia social de un pueblo, de una época y de una lucha que irradió al mundo como jamás se había visto.

En CENIT se vuelca toda la capacidad de descripción y de discernimiento ético, social y revolucionario de los supervivientes a la masacre de la que fué objeto el pueblo más digno y más respetable, aunque no respetado, de la tierra.

Comprendiéndolo, los lectores atrasados en el pago han empezado a ponerse al día, algunos incluso, pagando ya por adelantado, como es normativo.

Otros, contribuyen con donativos pro-solidaridad. Con ellos, además de ampliar su labor y mejorarla, podrá asegurarse el envío de la revista a los hospitales, a los ancianos y a los mutilados sin economía.

He aquí la primera lista:

| | |
|-----------------------------|-------------|
| L. Virgilio | 220 francos |
| J. P. y M. C. | 500 » |
| Puig | 400 » |
| Grupo de Canton Ohio) | 11.300 » |

Que se continúe y que cunda el ejemplo.

Que los retrasados paguen sus retardos. Debe saberse que seis meses de retraso supone para la Administración la obligación de adelantar cerca de UN MILLON de francos, porque el impresor no espera y los gastos generales LA ADMINISTRACION.

GORKI ACRISOLADO



LOS ex hombres de Gorki estarían hoy al pelo, si el novelista ruso dijera todo lo que ya se sabe de la miseria que expone parcialmente, y que en el Máximo Desgraciado —a él correspondía explicar por qué— se hace con amplitud ojo de hormiga y se nos escamotea por el foro. El contramutis se fenomenaliza de alarido en este teatro.

Los hominidos, clientes del Asilo Nocturno que se nos mapa ahí, no son herrumbre y escoria de mineral machacadas por la Vida de todos los cuentos en circulación. Tesis del narrador, que enaltamos.

Eso es puro palabreo. La Vida tiene cara de manflota o de elfo, según lo que nosotros hagamos de ella: una sedería o un pingo.

Lo que en Rusia y en Tonkin tritura carne avitaminósica, son los dientes de lobo estepario de la maldad humana, antes tsarkoiesela, hoy también kremlina y sputnik; siempre desalmada, granducal, starosta y cosaca.

Las ratas que se arriman a la sopa de piedra y al jergón tarugo de Dormitorio de Noche, que ni siquiera gratuito es, porque cuesta lo menos 15 centavos y 15 puntapiés el disponer precario de un alambre mohoso sobre que reclinar la cabeza, no son víctimas propiciatorias de un Fatum impersonal, innominístico o anónimo.

El calvario del indigente en la Tierra es sorteable, preséntase al quiebro taurómaca. El verdugo y el sayón del bistec puesto a la parrilla, sangrando, tienen apellido, aunque no padre, ni celeste. Se llaman avalúo, Privilegio, Poder incontrol.

El cirio que se consume ardiendo, el cartucho que se quema en el tiro, no tienen de qué planirse. Murieron en la guerra con honor y como los héroes batiendo cajas y tocando al desmigue ¡Loor y honor a ellos!

La vejez no estimo que sea precisamente el camión que arrolla al ser racional esclerosado. Es la boruca. La familia sin recursos o sin conciencia, en huelga de sentimientos —si la sociedad se convirtiera en madre del desvalido, y le diera pecho y regazo al vuelto a la niñez, en lugar de escobarlo para los bordillos y deshacerse de él madrastamente como de un detritus corporal—no lo escupiría al arroyo.

Las pensiones de añosidad y la asistencia civil a ancianos upperdemnes, creo que se han hecho para alguna cosa; para algo más que para cebar manguitones.

Pero lo neurálgico del punto y donde él duele, no está ahí. Es la ruindad de nuestros cálculos chuetas; la crueldad de los reajustes industriales y el barbaricismo sármata del paro por desgaste muscular; son nuestros desentrañamientos, desmadres y desanimismos cavernarios, los que lanzan al arrumbe y al pudrífumero del asilo y de la clínica, fuerzas que aun son válidas y económicamente beneficiables.

No se resana una mano de obra minuida y dimidial, perecuando su fruto y su entretenimiento. Se la salda brutalmente. Materialmente se la torpedea, estrangulándola con el dogal del cese. Se la inmola, hablando claro y neto. Y de yapa se la enlodurra.

Motéjase de vagos, de malvivientes, de pestosos y apesotosos y de perdidos, a los puros hambrientos. Sin atender a que limosnean y van a revolver en los escamochos del muladar, sencillamente porque no tienen que convoyar entre barba y nariz, agotadas las sobras de rancho de los cuarteles. Con las de la cárcel el monjío cría cerdos. El convento ya no da más que memorias para María.

Se acogen los sin haber a la misericordia de los refugios municipales, a hoteles de Dios y posadas del mal abrigo y de a la buena de Dios, porque en las comisarias no caben más bultos. Las iglesias que tienen capillas tan confortables como alcobas de pecar, para los santos de madera, niegan techo y lecho, cobijo y aire acondicionado, a los apóstoles con barbas llenas de pollos vivitos y coleando.

El puñal del frío Inverness, los orillos como de lenguado de la banqueta, son sus únicas Hermanas de la Caridad.

Tapados con papeles de anuncios despegados de las vallas de edificios en construcción, se ampararán en un quicio que se bambolea; o se tumbarán en un estragal o bajo un porche. Ni la luz de los faroles del alumbrado ya los rescalfa.

Un perro sin caseta y sin amo, como ellos, se acercará a lamerles las heridas que en la frente se hicieron al caerse sobre las navajas del adoquinado tanguista; que no rompe las muelas de los ediles del Ayuntamiento, que lunchan de esa galleta chispeante.

Una ramera que aguanta un chaflán, sin poder ella tenerse en pie, le alarga al necesitado una barra de cosmético o un lápiz de los labios, para que se desayune.

o han echado, por no tener dinero, de tres tabernas, rociándolo en una, diciéndole que para lavarlo, con el agua que mezclan al vino.

A pesar de ello, a la madrugada, un pepenador o un ladrón de gallinas que va de retiro, con el saco al hombro, se lo encontrarán muerto, atravesado en las losas, con las greñas ecarchadas y cada tirabuzón chorreando como una estalactita.

La policía urbana lo cargará entre gatos y perros y tripas conejas en un tanque o furgón de la limpieza pública.

Y la Prensa de la mañana dirá que, a la aurora, en la Chula Vista, borracho como una cabra y más fiambre que sus artículos, el Servicio Benéfico metropolitano, recogió a un mangante en vías de pasar al estado de icéberg, a quien los roedores de la alcantarilla habían dejado sin carne la cara. Sobre cada uno de los ojos vaciados chapábasele un murciélago.

Angel SAMBLANCAT

HUMANISMO Y SOCIALISMO



Es recomendado hace mucho tiempo a los lectores las importantes obras éticas de nuestro precursor rumano Eugen Relgis—hoy radicado en el Uruguay—las que en su mayoría, lamentablemente, sólo aparecieron en idioma español; y que, precisamente para las actuales generaciones de Occidente, tienen tanto que decir sobre la lucha que desde la terminación de la primera guerra mundial desarrolló por el advenimiento de un mejor orden social. Recientemente publicó Relgis un intercambio de correspondencia que mantuvo en el año 1922 con Lotar Radaceanu, en la que Relgis previó con visión profética lo que tenía que sobrevenir si se prestaba atención únicamente a la ideología materialista sin ocuparse detenidamente de las realidades sociales, naturales y humanas (1).

El Humanitarismo sustentado por Relgis pretende ser un resumen de todos los objetivos de la vida humana. Relgis destaca que sólo el desarrollo biológico, técnico y cultural obedece a determinados intereses generales, pero tanto el desarrollo social como el económico debe responder a los procesos naturales que son propios de la Humanidad. De no tomar en cuenta estos procesos, se encierra a los hombres en una coraza que finalmente, forzada por los fuertes efectos retroactivos de hombres advertidos, conduce a la revolución libertadora.

La época socialista es el resultado natural del capitalismo burgués. Esta Era socialista prepara el tiempo para una evolución social. Relgis muestra el gran peligro de que esta evolución pueda desembocar en un período reaccionario (dicho en 1922). Sólo mediante la inclusión del Humanitarismo en una concepción universal—cree él—puede ser posible, dar cumplimiento con dignidad humana a la misión histórica del socialismo. La lucha económica del proletariado aún no es la lucha total necesaria para la «humanización». Sin los «otros», sin los intelectuales considerados tan a menudo arrogantes o acabados, obtenemos fábricas y máquinas modernas, pero ninguna institución cultural, sin la cual la fábrica fácilmente se asemeja a una cárcel. Es equivocado señalar a los intelectuales simplemente como pensadores de sentimientos aletargados. Siempre fueron los portadores de las transformaciones sociales. También el socialismo es en su conjunto ideológico y en sus planificaciones la obra de los intelectuales. Durante muchos siglos los intelectuales sirvieron a la causa de la liberación del hombre de las variadas formas de esclavitud. Una «Internacional de los Intelectuales», que represente al libre Humanitarismo activo, podría ser una aliada decisiva de la Internacional del Proletariado. En

lugar de esto, muchas veces se rechaza a los intelectuales, con el pretexto de que ellos no son «camaradas» leales en los que se puede tener confianza. Si bien no son exactamente «burgueses», son sin embargo, en el fondo, demasiado tolerantes y ociosos. Muchos incluso, habrían traicionado a la causa del proletariado. Relgis pregunta dónde estarían hoy los proletarios, sin una doctrina socialista, que en un principio fué difundida por intelectuales que se movilizaron para lograr su realización. En todos los campos, siempre estuvieron los intelectuales a la vanguardia, sin pertenecer jamás a determinados partidos. En ellos la ley de la individualidad es generalmente siempre más pronunciada que en otras clases sociales. Se les necesita continuamente, para expresar ideales y para vigilar los intentos retrógrados de la opresión. ¿De qué otra manera se puede estar a salvo de la dictadura? Mediante la fuerza y la intolerancia, no puede ser alcanzado un orden de vida mejor.

Una crítica cortante a la civilización actual, al capitalismo y a la burguesía, está plenamente justificada. Sólo existe la interrogante: ¿es la cultura proletaria, después de los cambios de condiciones económicas, una cultura de la humanidad en general? ¿No será tal vez (esto preguntó Relgis en 1922) utilitaria, subordinada sobre todo políticamente, adaptada sólo para una pequeña parte de la Humanidad? Si realmente son restringidas las guerras nacionales, nuevas opresiones y guerras civiles sobrevendrán en el seno de las naciones oprimidas; estallarán guerras intercontinentales (dicho en 1922) entre el mundo «barnizado por la cultura» y los pueblos de razas pobres. ¿Si realmente el Humanitarismo no es allí necesario, únicamente puede cambiarse la miseria mediante medidas de orden económico, sin modificar el interior de los hombres! ¿Sin instruir, cómo se pretende poder reprimir los odios raciales y de clases, la sed de sangre y de poder? ¿Cómo eliminar las supersticiones? ¿No habrá gobernantes y líderes que se apegarán a sus cargos lucrativos por cualquier precio, o científicos sin fundamentos éticos? También el dogma político, como el religioso, incluye sólo una fracción de la verdad. En todas las épocas, los ultra-revolucionarios y los nihilistas utilizarán los más horripilantes medios. Por más poderoso que pueda ser el imperativo económico, no debe éste olvidar a los combatientes del espíritu ni desear sellarles las bocas.

El prejuicio induce a muchos socialistas a negar el carácter de clase de los intelectuales. Por otra parte está justificado esto, si los intelectuales no pueden ser «instrumentos de inteligencia» al servicio de otra clase. Los intelectuales capaces tienen una perspicacia, que a nosotros nos es ajena. No nos dejemos intimidar por la afirmación de la «oligarquía intelectual». El espíritu no necesita otra arma que el espíritu. El verdadero intelectual no desea una organización política, desea ser libre del engañoso fatalismo moderno de la política. El recomienda un paci-

(1) E. Relgis y L. Radaceanu: «Humanitarismo y Socialismo». Ediciones Humanidad, Montevideo, 84 páginas, 1957.

HIGIENE INDIVIDUAL O PRIVADA

INTRODUCCION



La higiene tiene por objeto el conocimiento de lo que es beneficioso y perjudicial para nuestra salud, de lo que debemos hacer y de lo que debemos evitar si queremos vivir sanos, prevenir enfermedades y alcanzar longevidad.

Pero antes de empezar este estudio, es menester ponerse de acuerdo sobre lo que entendemos por salud. Sobre este punto no reina el acuerdo, ni mucho menos. Se acostumbra a juzgar de ella por el aspecto exterior, sobre todo por el peso. Este debe estar en relación con el tipo del individuo, con su altura y con su complexión o desarrollo muscular. El peso que se tiene por normal es el igual al número de centímetros que la talla excede del metro. Todavía hay higienistas que, con muy buen acuerdo, reducen en cinco enteros este cómputo del peso. Así, por ejemplo, un sujeto de un metro y setenta centímetros de estatura, debe pesar por término medio 65 kilos. Por debajo y por arriba de esta cifra puede encontrarse la anomalía. En contra de lo que se cree, el estar gordo no es sinónimo de estar sano y fuerte. La gordura es ya un comienzo de enfermedad y linda con gran número de padecimientos.

La salud sólo puede apreciarse dinámicamente, por el estudio del fisiologismo de todo el organismo y, sobre todo, por el modo como se comporta ante las contingencias naturales, por la forma en que resiste a las pruebas de la vida. No tengo inconveniente en suscribir plenamente estas palabras del doctor Toulouse (1): «El que puede afrontar el frío y el calor, pasar una noche en vela, «surmenarse» física

e intelectualmente, soportar una emoción, resistir un largo viaje, cambiar de clima, reponerse pronto de un catarro o de una indigestión, y, sobre todo, después de una infección grave, sólo éste goza de buena salud».

El hombre sano y en estado fisiológico, no debe sentir su digestión. Los que sienten su estómago son ya enfermos gástricos. Debe conocer la hartura, si come más de la cuenta. Deponer diariamente, o mejor, dos veces por día. Dormir a pierna suelta. Tener desarrolladas las funciones de piel y sana la dentadura.

Pero el individuo, aun poseyendo buena salud, no debe limitarse a conservarla, sino que además, debe afanarse por mejorarla. Es aquí donde la Higiene se convierte en culto de la salud, en ideal inspirador de la conducta. El hombre civilizado tiene dos tareas higiénicas por cumplir: Una, reconquistar lo que la civilización le ha hecho perder. Otra, ponerse en condiciones de resistir los peligros que contra su salud entraña la vida moderna.

La alimentación y el género de vida rutinarios e irracionales del hombre civilizado le han acarreado la pérdida de los dientes, la atrofia de la piel, el estreñimiento y las alteraciones del metabolismo (decalcificación, desmineralización y obesidad). Los agentes naturales, inclemencias del clima y microbios, exigen de nosotros una habituación o adaptación a la naturaleza. Las enfermedades no se evitan huyendo de estas causas de enfermedad, sino poniéndonos en condiciones de resistirlas.

La Medicina muestra un completo olvido de este aspecto de la Higiene y se limita a una lucha pueril contra los microbios. La Sanidad oficial concentra todos sus recursos contra las enfermedades infecciosas y epidémicas, que, a decir verdad, no justifican el pánico que despiertan. En

fismo activo e integral y un supranacionalismo, que desde hace mucho ya considera a las artificiales fronteras económicas y políticas como obstáculos en la «humanización». El Humanitarismo aspira a una lenta pero prolija desintoxicación del Estado. El proletario puede tal vez no llamar revolucionaria a la misión de los intelectuales, en el sentido, del materialismo dialéctico o histórico de algunos socialistas, pero al hombre espiritual le parecerá sumamente revolucionaria en el sentido espiritual y biológico. Los humanitaristas se afanan en producir una orientación del credo de las masas. A quienes rechazan utopías, se les puede decir que la historia prueba cuán frecuentemente éstas se convierten en realidades diarias.

Es el interés de todos, fomentar el progreso de la Humanidad, para que el bienestar personal y general pueda prosperar. Por esto el humanitarismo está en contra de una práctica estatal bajo el signo socialista, que casi no se diferencia de la mentalidad capitalista y que entroniza a los politiqueros sin escrúpulos.

En todos los partidos, los dogmáticos, los oportunistas

impacientes y los demagogos están poseídos por la ambición y la sed de poder, mientras que se sirven hipócritamente de los conceptos «paz, justicia, libertad», depreciándolos de esta manera e impulsando a los pueblos hacia el nihilismo. ¿No ha dividido la política misma a los campos socialistas (dicho ya en 1922) y causando la interrupción de las relaciones internacionales?

Los socialistas y los humanitaristas juntos, deben ofrecer la buena voluntad contra los dogmas postulados por fanáticos contra los tiranos del futuro. Las Internacionales Proletarias y las Internacionales Humanitaristas no deben pretender el sojuzgamiento de unas o de las otras; más bien deben purificarse mutuamente, para elaborar la más alta expresión del socialismo. De la sabia y armoniosa limitación en la cooperación y de la interdependencia, conscientemente aceptada, surge la evolución progresiva de la personalidad y de la comunidad.

O. M. SAENGER PASCENDI

(De *Aus Zeit und Ewigkeit*, traducción de Horst Woyde.)

esto el Estado y la Sociedad son consecuentes: Ante las enfermedades, como ante la inmoralidad, son tolerantes a cambio de que no se produzca escándalo.

En este breve estudio de la Higiene me concretaré a exponer lo que interesa al individuo, lo que puede ser llevado por él a la práctica y debe entrar en su conducta racional. Toda reforma social debe comenzar por el individuo. Soy enemigo de toda imposición, aunque sea sanitaria. En la sociedad no hay nada que merezca más respeto que el individuo. El es la realidad, lo demás sólo son mitos o abstracciones esclavizantes.

Y la Higiene le interesa al individuo, para no ser, por ignorancia o inconsciencia, causante de su propio dolor y del ajeno.

Mauricio Gotelmann, en una conferencia pronunciada en París en 1920 (2), hizo esta acusación contra los médicos: «Cuando decimos a un enfermo, «¡si hubiera usted hecho esto!», «¡Si hubiera usted hecho aquello!», no pensamos en la parte de responsabilidad que nos cabe en aquella ignorancia. Creemos cumplir con nuestro deber limitándonos a remendar los organismos que se nos ofrecen averiados. Y al remendarlos, no nos importa gran cosa el resultado ulterior, ya que el enfermo se conforma también con el alivio inmediato.

Pero hay otra dificultad. No basta saber una cosa para practicarla. Hay que tener, además, el empeño de poner de acuerdo la conducta con las convicciones. Así se da, con demasiada frecuencia, el caso de que un médico o un estudiante adelantado de medicina contrae una enfermedad venérea, no obstante saber el secreto para evitarlas. Otro tanto pasa con la evitación de los hijos no deseados. La maternidad suele ser inconsciente, a pesar de la educación de ambos cónyuges. Porque hay pequeños escollos y dificultades en la vida que hacen sucumbir al barco mejor armado.

Sembrar los preceptos higiénicos es una necesidad urgente. Son más los males que causa y deja de evitar la ignorancia, que los que se producen o no evitan por abulia comodín. Y, aunque los aprensivos y fóbicos que nunca faltan, llevan a extremos perjudiciales sus temores, el hombre tiene necesidad de que se le señalen los peligros y escollos en que puede tropezar, y de que se le enseñen los medios de salvarlos.

RESPIRACION

La respiración tiene por finalidad abastecer de oxígeno a la sangre y descargarla de productos de desecho que se acumulan en la misma, principalmente el anhídrido carbónico. Sin oxígeno el proceso nutritivo sería imposible. El aparato respiratorio, constituido por los pulmones (hago esta aclaración porque también la piel es un órgano respiratorio), ha sido comparado con un árbol: el tronco está representado por la tráquea, las ramas grandes por los bronquios, las pequeñas por los bronquiolos, y las hojas por los alvéolos pulmonares. En el alvéolo pulmonar, como en la hoja del árbol, es donde se realiza el cambio respiratorio; las ramas y troncos sólo sirven para dar acceso: al aire en el pulmón, a la savia en el árbol.

La Higiene tiene que atender a las condiciones del aire que ese respira y al buen estado y conservación del aparato respiratorio.

EL AIRE. — El aire sólo es puro y rico en oxígeno en el campo, y su mayor pureza la alcanza en las alturas,

en las montañas. En las poblaciones está cargado de partículas de polvo, de humos y gases, y de microbios. Dentro de las poblaciones aun es más impuro dentro de las habitaciones mal ventiladas y, sobre todo, donde se reúnen o aglomeran muchas personas. Es más oxigenado en la proximidad a bosques o parques, porque el árbol y los vegetales tienen un ciclo respiratorio complementario del nuestro. Producen oxígeno y absorben el anhídrido carbónico.

Como la vida moderna, y sobre todo, la esclavitud del trabajo nos impone condiciones antihigiénicas de respiración a las que no podemos sustraernos, debemos compensarlas o tratar de atenuarlas, mediante dos prácticas higiénicas: 1) Dormir en habitación ventilada y a ser posible con la ventana abierta, porque de noche es más puro el aire de la calle, y porque en esa tercera parte de la vida que concedemos al reposo, nos es más necesaria la renovación de aire por la mayor cantidad de tóxicos o venenos que eliminamos por la respiración (3). 2) Salir diariamente a pasear por los parques o por las afueras de la población y aprovechar el domingo o los días de asueto para reparar nuestro apartamento de la naturaleza.

VENTILACION PULMONAR. — Normalmente, no toman parte en la respiración, más que una tercera parte o menos de los alvéolos pulmonares. Las otras dos terceras partes están inactivas, y por ello suelen ser fácil asiento de infecciones. Los que meno se ventilan son los vértices pulmonares, la parte alta que corresponde a los hombros, y a ello se atribuye el que la tuberculosis comience por atacar esa parte del pulmón. Además, en los alvéolos pulmonares que toman parte en la respiración, queda siempre una parte de aire sin renovarse. Es menester un ejercicio activo, como subir una cuesta, ascender aprisa por escaleras, correr o saltar, para que todo el pulmón, o al menos la mayor parte de él, se ventile. De aquí la necesidad de la gimnasia respiratoria para quien lleva una vida sedentaria.

Se llama capacidad vital, a la cantidad de aire que pueden almacenar los pulmones en una respiración profunda. Esta capacidad da idea de la buena o mala ventilación pulmonar y, sobre todo, de la predisposición a los catarros. La disposición del tórax (caja que forman las costillas), influye sobre esta capacidad, siendo mayor cuanto más movibles son las costillas y más dilatable el tórax. Los que tienen el pecho estrecho — llamado paralítico por su poca movilidad —, son candidatos a los catarros y como consecuencia a la tuberculosis. Esta capacidad vital es un elemento, acaso el más digno de tenerse en cuenta para juzgar de una buena constitución, y como es consiguiente, de una buena salud. Esta capacidad pulmonar, que tiene una gran trascendencia sobre la nutrición, puede ser aumentada por el entrenamiento. Una sesión diaria de movimientos respiratorios profundos en atmósfera pura, es práctica indispensable a una buena salud. Lo mejor es provocarlas por el ejercicio al aire libre. A falta de éste, practicar la gimnasia. El bostezo, resto que conservamos del estiramiento (gimnasia espontánea que practican al desperezarse todos los animales), tiene por fin una inspiración profunda, una amplia ventilación pulmonar.

EL TABACO. — Por si el hombre no tuviera bastantes causas de impurificación del aire que respira, ha inventado o aceptado una costumbre que convierte fácilmente en vicio indarraigable. La higiene lo condena porque impurifica el aire, ensucia el pulmón, produce tos matutina,

MICROCULTURA

86. — La primera mujer que atravesó el Atlántico en avión fué Amelia Earhart (1898-1937). El vuelo lo realizó en 1932.

87. — La ulitis es la inflamación de las encías.

88. — La tela de lienzo crudo que se usaba antiguamente se llamaba «donfrón».

89. — Una torva es un remolino de lluvia o nieve.

90. — En 1882 murió Carlos Roberto Darwin, naturalista inglés, autor de la famosa obra «Del origen de las especies por selección natural», de donde surgió la doctrina transformista que lleva su nombre.

91. — Se llama en Cuba una «tolla» a una artesa grande en figura de canoa, que se usa en el campo para dar de beber a los animales.

92. — En 1906 murió en un accidente Pedro Curie, sabio, químico y físico francés, autor con su esposa de notables trabajos. Se le debe el descubrimiento del radio. Nació en 1859.

93. — Laura Ingalls fué la primera mujer que voló sobre los Andes, realizando su proeza en 1934.

94. — El emperador romano Tiberio murió estrangulado por Macrón, capitán de los pretorianos, mientras se encontraba en su lecho.

95. — El famoso pintor español «El Greco» era de origen griego y se llamaba Domingo Theotocópuli.

96. — En 1812 un terremoto dejó en ruinas la ciudad de Caracas.

97. — Se llama mataparda a una especie de encina pequeña.

98. — Una crujía, en los hospitales, es una larga sala en que hay camas a uno y a otro costado.

99. — El 26 de marzo de 1827 falleció el genial Beethoven.

100. — A los primitivos buques de vapor se les llamó «piroscafos».

101. — «Las «cisotomías» eran las fiestas que se cele-

braban en Grecia, en honor de Hebe, hija de Juno, «diosa» de la juventud.

102. — La cuadra en donde se encierra el ganado lanar durante el mal tiempo se llama «cija».

103. — Hipócrates, 500 años del hipotético Cristo, estableció la teoría de los humores.

104. — En 1829 murió Walt Whitman, ilustre poeta norteamericano.

105. — Tchu-Konh, 1100 años antes del legendario Jesús, determinó la oblicuidad de la elíptica.

106. — Una «zooteca» era el lugar de la antigua Roma, donde se guardaban los animales destinados a los sacrificios.

107. — Julio Verne (1828-1905) fué el creador de la novela científica.

108. — Detentar, es retener sin derecho lo que a uno no le pertenece.

109. — El término «tarquinada» significa violencia contra la honestidad de una mujer.

110. — El «élif» es la primera letra de los alfabetos árabe, persa y turco.

111. — Dicea, hija de Temis y de Júpiter, tenía el encargo de acusar ante su padre a los delincuentes, velar por la justicia y proteger las empresas honrosas de los hombres (Mitología).

112. — En «Dai Nippon» (que así llaman al Japón los japoneses), los cerezos apenas florecidos, exhiben un cartelito de tierna inspiración: «Si te gustan estas flores, déjalas vivir en su ramo».

113. — El daltonismo, defecto visual que no permite distinguir ciertos colores, predomina en el sexo masculino.

114. — El gran poeta norteamericano Longfellow murió en 1882.

115. — En el año 44 de nuestra era fué asesinado el dictador Julio César.

116. — El 5 de marzo de 1830 nació Eusebio Reclus, ilustre

predispone a catarros, causa inflamaciones (naso-faringitis) y aporta un veneno, a cuya excitación se acostumbra el organismo (toxicomanía). El contemplar todos los peligros a que expone el fumar nunca ha convencido al fumador. La mayoría de los médicos lo practican, sin recatarse de hacerlo ante la cama del enfermo, ni ante la cuna del niño que tose. La estupidez del fumador la ha puesto de manifiesto el doctor Charles Richer en su libro *La estupidez humana*. Comprender que perjudica, y sin embargo aceptarlo. El fumador se convierte, además, en enemigo de la libertad humana, pues no vacila en molestar con su humo a los que le rodean. Enemigo de una libertad que se expone así: «la libertad de un individuo termina allí donde comienza la de otro». Derecho a fumar el del fumador, derecho a no respirar el humo del que fuma, en el que comprende su perjuicio y lo evita.

Como vicio esclavizante que es, debiera ser rechazado por los hombres celosos de su dignidad. Inútil todo argu-

mento si el individuo no tiene intención de poner su conducta de acuerdo con sus ideas.

Los fumadores suelen disculparse con el tópico de que les facilita el trabajo mental o manual. Esto no prueba más que la fuerza de costumbre. En Fisiología se llama a esto reflejos condicionados. Por lo demás, no tiene ninguna influencia sobre el trabajo mental.

DOCTOR ISAAC PUENTE

(Continuará.)

(1) Dr. Toulouse. « Comment conserver sa santé », Hachette, Paris.

(2) M. Gotelmann. « Les médecins. Ce qu'ils sont. Ce qu'ils devraient être », Prólogo de Alberto Mary, Paris, 1920.

(3) De todos es conocido el olor característico a «establo humano» de la habitación dormitorio que no tiene la debida renovación de aire.

- anarquista, que definió a la anarquía «como la más alta expresión del orden».
117. — En 1898 murió Bessemer, inventor de la fabricación del acero.
118. — La estalactita es por lo común un depósito de mineral en forma aguzada, que cuelga del techo de una cueva. La estalagmita es lo mismo proyectado del suelo hacia el techo.
119. — Mateo Flinders, el famoso explorador australiano, nació en 1774.
120. — La gran escritora sueca Selma Lagerlof murió en 1910.
121. — El nombre moderno del «Helesponto» es estrecho de los Dardanelos.
122. — En tiempo de Sócrates la península que forma la parte meridional de Grecia, se llamaba el «Peloponeso».
123. — Rodolfo Diesel, inventor del motor que lleva su nombre, nació en 1858.
124. — Franz Schubert (1797-1828) fué quien compuso la «Sinfonía Inconclusa».
125. — El «heliógrafo» es un aparato de señales que refleja los relámpagos de luz.
126. — El nombre químico de la sal de mesa o de cocina, es «cloruro de sodio».
127. — En 1920 murió en Madrid, el gran escritor español Benito Pérez Galdós.
128. — El chitá, una especie de lince, es el miembro de la familia de los gatos, que en la India utilizan para cazar.
129. — El «chaparejo» (que los norteamericanos llaman «chaps») es el nombre de la prenda de vestir que los vaqueros usan sobre los pantalones.
130. — El 9 de abril de 1548, después que sus huestes mercenarias degollaron a multitud de indios, los conquistadores españoles Gonzalo de Pizarro y Francisco Carvajal, fueron descuartizados en Cuzco.
131. — En 1890 nació la gran poetisa y educadora chilena Gabriela Mistral.
132. — Animal, base, collar, control, error, general, hospital, idea, material, metal, natural, religion, digestión, gas, moral, motor, tenor, panorama, ópera propaganda, violín, etcétera, se escriben lo mismo en inglés que en español.
133. — Muere en 1836 el crítico y filósofo alemán Carlos Guillermo de Humboldt.
134. — Nathaniel Hawthorne, escritor norteamericano, fué quien escribió «La Carta Escarlata».
135. — La obra de teatro famosa en que la heroína se llama Ofelia es el «Hamlet» de Shakespeare.
136. — En 1369 fué asesinado Don Pedro I, el «cruel», rey de Castilla.
138. — La poetisa Gertrudis Gómez de Avellaneda nació en 1718, en la hermosa isla de Cuba.
139. — Tuvo lugar en Madrid en 1776 el célebre motín de Esquilache.
140. — Francis Bret Harte (1839-1902) fué el famoso escritor norteamericano que escribió sobre la vida de los mineros después de la «Fiebre del Oro».
141. — El 23 de marzo de 1923 murió asesinado Francisco Layret, sindicalista catalán.
142. — El quilate es la unidad de peso que se emplea en las llamadas «piedras preciosas».
143. — En 1839 murió el gran poeta cubano José María de Heredia.
144. — Un año después (1840) nació Peter Ilich Tschai-kovsky, notable compositor ruso.
145. — Las esponjas son animales acuáticos inferiores con grandes poros en las paredes del cuerpo.
146. — Nace en 1856 el científico alemán Segismund Freud que revolucionó el campo de los conocimientos sexuales.
147. — Se hacen «dentados» los bordes de las monedas, para que se vea fácilmente que el metal de que están hechas no forma sólo una chapa externa, sino que son macizas.
148. — El gran poeta hindú Rabindranath Tagore nació en 1861.
149. — El 4 de mayo de 1493, el «papa» Alejandro dividió América latina entre España y Portugal.
150. — Justo un año después, la carabela donde viajaba Cristóbal Colón, llegó a Jamaica, haciendo el descubrimiento de esta hermosa isla.
151. — En 1836 se inauguró el primer ferrocarril belga.
152. — Leonardo da Vinci, el famoso pintor de La Gioconda, murió en 1519.
153. — El 2 de mayo de 1945, el político francés Laval, colaborador entusiasta del Eje nazi, llegó con un avión a Barcelona.
154. — El 30 de abril de 1803 los Estados Unidos compraron a Francia el hoy floreciente Estado de Louisiana.
155. — Fué a Thomas Alva Edison a quien se llamó «El Mago de Menlo Park».
156. — «El libro de la Selva» fué escrito por el literato inglés Rudyard Kipling.
157. — George Bizet, compositor francés, compuso la bella ópera «Carmen».
158. — Se supone hasta ahora que el espacio sideral está lleno de un gas que los astrónomos llaman «éter».
159. — La causa tradicional del gran incendio que destruyó Chicago, fué una vaca que pertenecía a una mujer llamada O'Leary, que pateó una linterna encendida.
160. — El gas que exhalan los animales y que se utiliza para las plantas, se llama «anhídrico carbónico».
161. — Edison fué el inventor del fonógrafo.
162. — El Rio Grande limita entre México y Estados Unidos.
163. — La cuenca del Sarre es riquísima en depósitos de carbón.
164. — El zar Nicolás II, cuyo reinado se extendió desde 1894 hasta 1917, fué el último emperador de Rusia.
165. — Las secuoyas son los árboles más grandes del mundo.
166. — Feodor Chaliapin fué el bajo más famoso del mundo. Era ruso de origen.
167. — Un adulto debe tener normalmente 33 piezas dentales.
168. — Sebastián del Piombo fué un gran pintor y retratista italiano de la primera mitad del siglo XVI.
169. — Un «scherzo» es un trozo alegre y vivo de música.
170. — La ciudad de Perth está en el oeste de Australia, sobre el Océano Indico.
171. — La frase «fugit irreparabile tempus» (Huye el tiempo irreparable) está en el final de un verso de Virgilio.
172. — El baobab es un gigantesco árbol del África tropical.
173. — La estereografía es el arte de representar los sólidos proyectados en un plano.

POETAS DE AYER Y DE HOY

REBELIONES

Cuando muerta la noche, avanza el día,
y al resplandor de las ardientes fraguas,
incansables, heroicos, invencibles,
los pobres con tesón trabajan...
si alguien les dice que en vecinos lechos
duermen, tranquilos, los que no hacen nada,
tentaciones tendrán de alzar la frente,
romper el yunque y apagar las llamas.

Cuando en noches de insomnios y delirios,
a la luz mortecina de una lámpara,
batalla el escritor con las ideas,
vertiendo el corazón en cada página...
si alguien le cuenta que, al volver la esquina,
deslizan otros en inmundas farsas,
tentaciones tendrá de alzar la frente,
romper la pluma, ¡y estrujarse el alma!

Manuel UGARTE

LA MUERTE DEL JUSTO

En el lecho del dolor
agonizaba un gitano,
teniendo a su alrededor,
de una parte, el confesor,
a la izquierda, el escribano.

El fraile que le auxiliaba
fervoroso y elocuente,
mientras la cruz le mostraba,
con sus frases le exhortaba
a morir cristianamente.

—Ya — le decía —, estás listo;
ya tienes mis bendiciones;
en llamarte justo insisto,
porque mueres como Cristo...

—Sí, padre; entre dos ladrones.

Luis del ARCO

Servicio de Librería de la C. N. T. de España en el Exilio

No vaciles en hacer uso de la ayuda que te brinda ese gran amigo del hombre: el libro. Es él guardador celoso de las ideas que nos legaron nuestros padres. El libro generosamente distribuye ese preciado tesoro llamado CULTURA.

INVITACION A LA LECTURA

OBRAS QUE PODEMOS SERVIR DE INMEDIATO

COLECCION «RADAR»

- «Origen del socialismo moderno»: Horacio E. ROQUE, 150 francos.
- «Biografía Sacra»: Luis FRANCO, 200 fr.
- «Capitalismo, Democracia y Socialismo libertario»: A. SOUCHY, 130 fr.
- «Alejandro Korn, filósofo de la libertad»: F. ROMERO, 150 francos.
- «Arte, poesía, anarquismo»: Herbert READ, 150 fr.
- «Ni víctimas ni verdugos»: Albert CAMUS, 100 fr.
- «Reivindicación de la libertad»: G. ERNESTAN, 150 fr.

COLECCION «CENIT»

- «Ideario»: Ricardo MELLA, 250 fr.
- «El fascismo en la ideología del siglo XX»: Carlos M. RAMA, 130 fr.
- «Frente al público»: Sebastián FAURE, 130 fr.
- «Antología Libertaria»: Textos de Eliseo RECLUS, Miguel BAKUNIN, Pedro KROPOTKINE, Cristina CORNELIEN, Carlos CAFIERO, 130 fr.
- «La Grecia Libertaria»: Han RYNER, 60 fr.
- «Biografía de Bakunin»: James GUILLAUME, 60 fr.
- «Crítica anarquista de la sociedad actual»: Profesor OTTICICA, 50 fr.

BIBLIOTECA DE CULTURA SOCIAL

- «Horas de Lucha»: M. G. PRADA, 550 fr.
- «Teatro argentino de Alberto Ghirardo» (2 tomos), 1.650 francos.
- «El sistema cooperativo»: James PETER WARBASSE, 600 francos.
- «De la crisis económica a la guerra mundial»: Henry CLAUDE, 500 fr.
- «Incitación al socialismo»: Gustav LANDAUER, 600 fr.
- «Génesis, esencia y fundamentos del socialismo»: Emilio FRUGONI (2 tomos), 1.300 fr.
- «Civilización del trabajo y de la libertad»: Curio CHARAVIGLIO, 630 fr.
- «Obras completas de Rafael Barret» (3 tomos), 2.200 fr.
- «Historia del Primero de Mayo»: Maurice DOMMANGET, 1.200 fr.
- «Democracia cooperativa»: James PETER WARBASSE, 1.000 francos.
- «El Humanitarismo»: Eugen RELGIS, 900 fr.
- «Carteles»: Rodolfo GONZALEZ PACHECO (2 tomos), 1.360 francos.
- «Psicología humana»: Joao de SOUZA FERRAZ, 750 fr.
- «Límites y contenido de la metafísica»: Pedro SANDENEGUIER, 750 fr.
- «La conquista del Pan»: Pedro KROPOTKINE, 350 fr.

BIBLIOTECA DE CULTURA SEXUAL

- «El sexo en la civilización»: Varios autores, Introducción de Havelock Ellis (3 tomos), 1.425 fr.
- «La cuestión sexual»: Augusto FOREL (3 tomos), 1.350 francos.

- «La madurez del amor»: Edward CARPENTER, 450 fr.
- «Física del Amor»: Remy de GOURMONT, 500 fr.
- «La selección sexual en el hombre»: HAVELOCK ELLIS, 500 francos.
- «Control de la concepción»: Alejandro LENARD, 450 francos.
- «Manual del Matrimonio»: H. y A. STONE, 500 fr.
- «El alma y el amor»: Magnus HIRSCHFELD, 500 fr.
- «Psicoanálisis de la familia»: J. C. FLUGEL, 960 fr.
- «Tipos psicológicos»: C. G. JUNG, 630 fr.
- «El psicoanálisis de hoy»: Varios autores, 1.200 fr.
- «Matrimonio de compañía»: Ben B. LINDSEY, 330 fr.
- «Historia del amor»: Marguerite CREPON, 300 fr.
- «Sexo y plenitud humana»: Juan C. PELLERANO, 200 francos.
- «Ensayos sobre la vida sexual»: Dr. Gregorio MARANON, 600 francos.
- «El niño delincuente sexual y su evolución ulterior»: Lewis J. DOSHAY, 400 fr.
- «El arte de elegir mujer»: SAR PELADAN, 350 fr.
- «La inversión sexual»: HAVELOCK ELLIS, 200 fr.

BIBLIOTECA DE «SUPERACION PERSONAL»

- «El sentido común», Yoritomo TASHI, 450 fr.
- «Los objetivos, los obstáculos y los medios»: J. SALAS SUBIRATS, 450 fr.
- «El arte de pensar»: Ernest DIMNET, 450 fr.
- «La educación de sí mismo»: Dr. Paul DUBOIS, 450 fr.
- «Método práctico de autosugestión y sugestión»: Paul C. JAGOT, 450 fr.
- «El hombre que hace fortuna»: Silvain ROUDES, 450 fr.
- «La lucha por el éxito»: J. SALAS SUBIRATS, 450 fr.
- «El secreto de la concentración»: H. SALAS SUBIRATS, 450 francos.
- «Cartas a su hijo»: Conde de CHESTERFIELD, 450 fr.
- «La alegría del vivir»: O. SWET MARDEN, 450 fr.
- «El hombre y el mundo»: Ralph WALDO EMERSON, 450 francos.

COLECCION «VIDA Y PENSAMIENTO».

- «Luis Vives», por A. LANGE, 400 francos.
- «Voltaire», por Arturo LABRIOLA, 420 fr.
- «Tacito», por Gaston BOISSER, 420 fr.
- «Bacon», por Charles de REMUSAT, 420 fr.
- «Proudhon» (su vida y correspondencia), por C. A. SAINTE-BEUVE, 420 fr.
- «Condorcet», por Juan F. ROBINET, 625 fr.
- «Malatesta» (su vida y su obra), por Luis FABRI, 600 francos.
- «Schopenhauer», por Th. RIBOT, 420 fr.
- «Oscar Wilde», por Thomas H. BELL, 600 fr.
- «Descartes», por Alfredo Fouillée, 400 fr.
- «Stuar Mill», por H. TAINÉ, 600 fr.
- «Froebel», por G. PRUFER, 420 fr.
- «Walt Whitman», por Luis FRANCO, 280 fr.
- «Madame Stael», por Albert SOREL, 420 fr.
- «J.-J. Rousseau», por Emile FAGUET, 600 fr.

15 por ciento de descuento a las Federaciones Locales. Gastos de envío a cargo del comprador.

Para pedidos dirigirse a F. Montseny — Servicio de Librería del Movimiento
4, rue de Belfort — TOULOUSE (Haute-Garonne)

GIROS: C.C.P. 1197-21 «CNT» (Hebdomadaire Espagnol) Toulouse. (H.-G.)